

Luvina

revista literaria • 24 • junio de 2001



- ♦ **Poemas de** Gaston Miron, Emilio Ballesteros Almazán...
- ♦ **Narrativa de** Graciela Licciardi, León Plascencia Ñol...
- ♦ **Ensayo de** Gaspar Sánchez Salas ♦ **Dibujos de** Fernando del Paso

♦ UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA ♦

♦ \$20.00 ♦

Centro Cultural
CASA VALLARTA

UN ESPACIO MÁS A TU CONOCIMIENTO



Exposiciones de:
Pintura • Fotografía • Escultura
Videos • Música • Café

Av. Vallarta 1668 ☎ 3615 4930

índice

- 5** *Una charla con Elmer Mendoza*
**El mayor sueño,
desde hace muchos sueños**
Ricardo Baldor I

cruzamientos

- 13** **Gaston Miron:
un poeta del amor y la justicia**
Françoise Roy

*de los
creadores*

- 19** **Mordidas**
Graciela Licciardi

- 21** **Dos poemas**
María Rivera

- 23** **¿Un cafecito?**
Ricardo Rodríguez

*en
taller*

- 25** **Los universos geométricos
de Fernando del Paso**

*de los
creadores*

- 33** **Relato en blanco y negro
de una historia fallida**
León Plascencia Ñol

- 36** **Tristeza del alcohol**
Emilio Ballesteros Almazán

- 37** **El hombre sereno y la legión roja**
Francisco Javier González Becerra

- 39** **Amnesia de la nube**
Antonio Reyes Cortés

- 41** **Inmortalidad**
Patricia González

43 Tres estancias domésticas
Benjamín Valdivia

45 La última virgen del barrio
Ramón Vázquez Jaramillo

**47 El realismo mágico de Rulfo
y su paralelismo
con Caballero Bonald**
Gaspar Sánchez Salas

53 Reseñas y novedades

Bebo mi limpia sed
de Raúl Bañuelos

Paraíplós
de Ricardo Sigala

Cástulo Bojórquez
de César López Cuadras
Francisco Alcaraz



En la portada:
Fernando del Paso

Fotografías: Juan Lemus [JL]



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA: *Rector general*, José Trinidad Padilla López; *Secretario general*, Carlos Briseño Torres; *Vicerrector ejecutivo*, Ricardo Gutiérrez Padilla; *Coordinadora general académica*, Ruth Padilla Muñoz; *Coordinador general administrativo*, José Ramón Aldana González; *Coordinador general de extensión*, Silvia Álvarez.

Luvina *Coordinador editorial*: César López Cuadras. *Consejo editorial*: José Brú, Miguel Ángel Hernández Rubio, Baudelio Lara, Marco Aurelio Larios, Luis Medina, Jorge Orendáin, León Plascencia Ñol, Felipe Ponce, Guadalupe Sánchez, Ricardo Sigala, Wolfgang Vogt. *Diseño*: Avelino Sordo Vilchis. *Composición*: RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL. *Corrección*: Miguel Ángel Serrano. *Captura*: Martha L. García.

Luvina Revista trimestral (junio de 2001). Editor responsable: César López Cuadras. Número de reserva de título en Derechos de Autor: 04-2001-011814404800-102. Número de certificado de licitud del título: (en trámite). Número de certificado de licitud del contenido: (en trámite). Domicilio de la publicación: Hidalgo 919, sector Hidalgo, 44100 Guadalajara, Jal. Correo electrónico: luvina@cencar.udg.mx Imprenta: Editorial Pandora, S.A., Caña 3657, La Nogalera, 46170 Guadalajara, Jal. Distribuidor: Coordinación Editorial de la Universidad de Guadalajara, Francisco Rojas González 131, col. Ladrón de Guevara, 44600 Guadalajara, Jal. Tel. y fax: 3827 2105/ Página Web: <http://www.editorial.udg.mx/luvina.html>



Una charla con Elmer Mendoza

El mayor sueño,

desde hace muchos sueños

Ricardo Baldor I

Es noche, él se sobrepone a las circunstancias adversas, se quita las botas mineras y toma un libro, el calor es intenso y abre la ventana. La portada es opresiva: un rostro nebuloso tras los barrotes, una telaraña sobre la boca que dibuja un grito. Primera edición 1980, Salvador Castañeda *¿Por qué no dijiste todo?* Hojea sosegado el libro y se detiene al final, un poema de Agustín Hernández.

Dime pinche carcelero
entre tus llaves
¿hay alguna para abrir flores?

En la década de los sesenta, los jóvenes construyen y echan a volar los sueños bajo la veta de las intuiciones, las sensaciones se lastiman las alas contra los gruesos lentes que resguardan unos ojos autoritarios, la razón se aplica según el cristal con que se mira. Pero no puede callar el sonido cuando la música termina.

Antes de sumergirme en el gran sueño
Quiero oír, quiero oír
el alarido de la mariposa.

Se generaliza el uso de la píldora anticonceptiva y el amor libre se ejerce a pesar del dedo flamígero y chamuscador de la momisa. Prohibido prohibir, el rock, Whilhem Reich, el narco, la revolución sexual de los jóvenes. El blues donde el chamán canta.

Caminas por el suelo con una flor en la mano
intentando decirme que nadie entiende.

La mirada penetrante husmea la oscuridad a través de los lentes, abriga ya una certeza, un destino sustentado en la creatividad, la libertad de decir escribiendo. Una ráfaga de viento cruza la ventana, le alborota los chinos. Neruda es un libro abierto.

Así como me allige en el claro día de tus piernas

recostadas como retenidas y duras aguas solares
y la golondrina que durmiendo
[y volando vive en tus ojos
y el perro de furia que asilas en el corazón
así también veo las muertes
[que están entre nosotros
desde ahora...

A los nacionalismos que establecen fronteras se opone la globalización de los sueños. París, Estados Unidos, Checoslovaquia; en México, contra la chatez del presidente, la imaginación al poder. Flores, estimulantes químicos, en tanto los gringos le roban la luna a los poetas y a Morrison que canta más fuerte en *Moonlight drive*.

Nademos hasta la luna
subamos entre la marea
penetremos la noche
en que la ciudad duerme para esconderse.

En 1968 los estudiantes encarnan la energía, la crítica latente contenida en el juego, la moda, el humor permea el sueño olímpico de la democracia. Juventud y revolución, Tlatelolco y Lecumberri son famosos antes que el estadio México 68, juventud y revolución, Revueltas y el Rey Lagarto.

¿Qué le han hecho a la tierra?
¿Qué le han hecho a nuestra querida hermana?
arrasada y saqueada
y rota y mordida
y cosida a navajazos
y rodeada de cereas
y examinada a fondo
oígo un sonido muy agradable
con vuestro oído pegado al suelo
Queremos al mundo y lo queremos
¡Ahora!
¡Ahora!

Su libro de cuentos publicado en 1978, *Mucho que reconocer*, ha tenido aceptación. Y uno puede imaginarse esas escenas bajo las balas del batallón Olímpica con fondo musical de *Not to touch the earth*.

No toquéis la tierra
no veáis el sol
no queda nada que hacer excepto correr...

Tras el desencanto la caída, vienen los reclamos, la autocritica, el sol sigue saliendo y Cuba brilla, surgen las teorías, hay que inundar el país de focos, las masas despertarán a la luz, hay que alumbrar el camino.

Cada ciudad es un mundo y el trabajo se ejerce «buscando las condiciones objetivas o donde las condiciones ya están dadas», en el campo y la ciudad surgen las células, los cuadros, los dogmas arrojando las armas, el sueño de un país más libre iluminando los rostros, las formas de vida amparadas por la moral comunista y los recovecos de la teoría. La adrenalina.

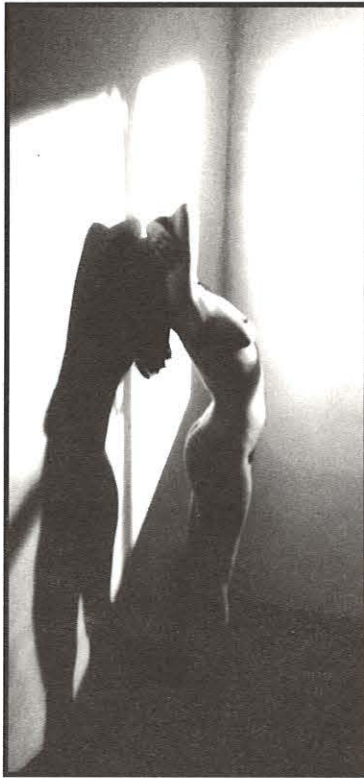
No es fácil, intuye que hay que armarse de paciencia, de humildad, de entrega y no es fácil. Aparece publicado otro libro de cuentos: *Quiero contar las huellas de una tarde en la arena*, en 1984.

En Culiacán también se cuecen habas, también se baila el rocanrol en el comité. Los jóvenes pasan de las manifestaciones a la clandestinidad, a la pertenencia de los que aspiran a un país más justo, sin pobres que inundan las calles y son caracterizados en los libros consultados en las bibliotecas, entre la teoría y los juegos de basquetbol, en las tardes iluminadas por las muchachas. «La estructura y la superestructura.»

Marx, Janis, el Ché, los Rolling, la poesía, Doors, la banda, permean la sensibilidad, la visión del mundo, el deseo. Se transgreden las prohibiciones, rodeando el exceso se descubre la libertad. La raza se erotiza, se radicaliza. Esparce por las calles los veinte poemas.

Pero cae la hora de la venganza y te amo.
Cuerpo de piel, de musgo, de leche ávido y firme.
!Ah, los ojos de ausencia!
!Ah, las rosas del pubis!
!Ah, tu voz lenta y triste!

* * *



31

En ese clima participa a su manera Elmer Mendoza, lector voraz, «espectador curioso y practicante» con esa delgadez morena coronada por un cabello encrepado que resguarda una inteligencia inclinada ya a la escritura, recogiendo elementos de la realidad para volverlos arte. Ya entonces Elmer tiene como dice él mismo «un pie en la realidad y otro en la fantasía», empieza a gestarse un proyecto cuyo proceso aún no termina, cambiando, matizándose, enriqueciéndose, sin perder la calma ni el contacto con la gente, el lenguaje, el campo, la ciudad, el amor. Entonces tenía veinte años.

Elmer nació en 1949, hijo del barrio en la Colonia Popular, la Colpop; un niño como todos que es llevado por su madre a comprar su primer libro escolar: *Alma infantil*. Sus primeras lecturas son los cómics:

«Recuerdo mis primeros contactos con material de lectura en cómics que en mi barrio circulaban, alguien los compraba y los leíamos todos, alguna vez apareció *Don Quijote*, del cual me leí catorce capítulos.»

Erguido, suave, tranquilo, sus ojos centellean rollos de recuerdos, rueda la película en retrospectiva, se proyecta en los objetos de la oficina, como en su libro *Buenos muchachos*, reminiscencias a lo Mendoza. ¿Y los libros?

«A finales de los sesenta, llegan los primeros libros. Uno de Miguel de Unamuno: *La tía Tula*. Salvat sacó una colección de cien títulos de escritores muy buenos, el primero fue ése, que compré y leí *ipso facto*. Lo compré en un puesto de periódicos, fue el primero.»

Después de los puestos de periódicos, las bibliotecas, que Elmer descubre mientras juega basquetbol al fijarse en la belleza de una bibliotecaria vecina suya. Mujer tan ligada a la cultura y a la vida de éste escritor sinaloense.

«Sí claro, y la descubrí porque ahí trabajaba una chica de mi barrio pero que vivía por la otra calle, no se juntaba con nosotros, una chica de mi edad. Y entonces la ví ahí, en la biblioteca: —¿Qué pasó, qué haces acá? —había salido a hacer algo. —pues aquí trabajo. —¿En qué? —En la biblioteca —¿Cuál bi-

bliblioteca? —Y desde entonces me iba a verla a la biblioteca, la biblioteca municipal de mi barrio.»

Y de «ahí pa'l real», la mujer destaca en las vivencias de Elmer. Ella le comenta sobre la importancia de la biblioteca en la educación de los niños; de la tradición de las institutrices inglesas que leen cuentos a los niños; de las bibliotecarias que, cómplices, le permiten descubrir lo que tienen: un mundo de libros que impulsan el interés por la historia y la poesía, en una educación crítica a la historia de bronce.

«Entro en un universo distinto y creo que me convierto en un comprador de libros, y esto en función del presupuesto como estudiante.

«Ya después, en México, la biblioteca de la Escuela Normal Superior y una transnacional: la Benjamín Franklin.

«Ahí saqué libros de William Faulkner, Ernest Hemingway...»

Sobre el escritorio sus papeles de trabajo, un libro con un separador que indica una lectura ya avanzada, él con lentes, bigote y piocha a la Elmer, aunque recuerda a Ho Chi Minh, camisa impecable, chaleco, y esa voz cálida, segura. Jovial, dice ser el mismo de antes.

Nada, se me hace que es el mismo que conozco de hace muchos años, el mismo, un tipo que sueña, un tipo tenaz, un tipo que siempre ha tenido un proyecto de vida, que siempre ha querido ser alguien, hacer algo en la vida, un tipo que no se sabe mirar en el espejo, y por tanto el concepto que tiene de sí. Vamos, no sé que tan viejo estoy, en qué ha cambiado mi físico o mi capacidad de aprender o de inventar. Ando igual conmigo que cuando tenía veinte años, quizá tenga más certezas, y eso de tener certezas por un lado es triste porque te va convirtiendo en el erizo. ¿Ves que hay una fábula del erizo y la zorra en que la zorra sabe muchas cosas pero el erizo sabe una y es la importante? Entonces un poco como que voy siendo el erizo.»

Sí, el erizo, al que en 1987 le creció otra punta llamada *Cuentos para militantes conversos*. Y define su búsqueda.

«Me gustaría estudiar matemáticas, es estimulante. Me gustaría pero sé que me impediría cumplir

con mi proyecto: escribir bien, que para mí significa proponer una estética narrativa a nivel formal y temático: escribir sobre mi tiempo, con el lenguaje de mi tiempo.»

En *Cuentos para militantes conversos* juega con la polisemia, con la estructura, versos hilvanados en la prosa, personajes que se convierten en lo que creen, enfrentados a situaciones que los determinan, la narrativa impulsada por la realidad y la imaginación, «formas que tiene la gente de mentir, de enamorar, de especular, de no estar de acuerdo», y que aparecen en la literatura a través del filtro estilístico de Mendoza.

«Nosotros vivimos en un país que tiene cincuenta o sesenta millones de pobres, de los cuales la mitad están en lo que se llama pobreza extrema, y eso quiere decir que están en la absoluta miseria. Entonces, por más que uno pretenda, que no es mi caso, escapar de esa realidad no creo que haya alguien que pueda hacerlo. Hay un poeta que se llama Roberto Sosa, tiene un poema cuyo título es *Los pobres*, y dice cosas como ésta:

Los pobres son mucho
por eso es imposible olvidarlos
en sus amaneceres ven múltiples edificios
donde quisieran habitar con sus hijos
no pueden
entonces se van por atardeceres de sangre.

«Estoy citando de memoria. Entonces ahí están, no es que sean temas, están a mi lado, estoy con ellos, converso, convivo, los escucho, los veo soñar y llorar y delinquir y trabajar legalmente. Tengo un concepto muy claro de lo que es la carencia, seguramente tiene que ver con mi origen.»

Y junto con los recuerdos del 68, el desencanto: «Los sueños de la izquierda, los sueños de mi generación, se esfumaron: la caída del muro de Berlín. Que esto aparezca en mi literatura es inevitable.»

El realismo socialista y su manifestación en casi todos los ámbitos del arte no lo influyeron estéticamente. Es un lector de los autores rusos del siglo XIX: Tolstoi, Dostoievski, Mijail Sholójov, Pushkin —lite-

ratura llena de gritos en cuanto a las diferencias sociales, pero que es otra postura distinta al realismo socialista—, Isaac Babel, que fue expulsado, Pilniak, muerto en Siberia, Boris Pasternak, obligado a declinar el Nóbel en el 58.

«Para mi fortuna o desgracia, mi realismo es el contacto con la realidad, la prensa, la historia, la literatura de los sesenta, Claude Simon, Nathalie Sarraute; en la plástica, Picasso, el cubismo, el geometrismo.»

El torbellino entusiasta con que nombra sus influencias formativas calienta el ambiente.

«La poesía concreta, la línea misteriosa, erótica, hermética de Octavio Paz, los surrealistas, Fernando del Paso, con su *José Trigo*, novela con una propuesta estética compleja, la utilización del lenguaje culto y popular, incluso un lenguaje popular de código cerrado; Fuentes con *La región más transparente*, José Agustín, Rulfo, Parménides García Saldaña, Neruda, Antonio Machado, Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Benedetti con el *Cumpleaños de Juan Ángel*. Ahora estoy relejendo *La guerra y la paz* de León Tolstoi.»

La lección es: la realidad no existe en literatura

«Los escritores, aún los más realistas, matizan la realidad sobre la que trabajan. Creo que la habilidad del escritor para contar, hace que pensemos que nos presenta 'la realidad real', obras que parecen muy sencillas y muy reales, eso no es más que la gran capacidad técnica de un autor para presentar su material. La realidad es la que dice Borges que hace Dios, nosotros recreamos, evocamos la realidad.»

Después de una pausa continua procurando encontrar el sentido de su ejercicio.

«Soy escritor porque es lo que me hace sentir, justificar, vivir la vida; porque me provoca un gran placer; porque me da la posibilidad de compartir, de replantear los temas con mis lectores; porque no sé pintar o actuar; porque la escritura hace que me convierta en una persona con menos miedos, con menos temores, hasta ahora.»

Elmer, le pregunto, como alguno de sus personajes ¿también ha hablado con Dios o el diablo, con Marilyn Monroe después de muerta, en un ejercicio

que puede evocar la «observación participante» de Nietzsche, los poetas malditos o Henry Michaux?

Aclara:

«Algunas de las experiencias de mis personajes pudieran tener que ver conmigo en la realidad o en la imaginación. Creo que tener una profesión como la de escritor te permite utilizar la imaginación. Mirar cosas nuevas y volver a las ya vistas para reactivar mi imaginación. Mi generación usó las drogas con mística, no con un sentido de autodestrucción, sino para hacer un viaje, y en ese viaje la droga ayudaba. Por eso, para mí que los personajes sean así es de lo más sencillo. Recuerdo que un personaje de uno de mis cuentos dice, al ser acusado de drogadicto, que 'nosotros nunca nos hicimos drogas porque éramos muy pobres'. Igual yo, nunca tuve los suficientes recursos para mantener un vicio.»

No recuerda en cual de sus libros aparece este personaje pues tiene varios ya publicados: está *Trancapalanca*, en 1989; también un libro que formó parte del programa "Narcotráfico, sociedad y cultura", organizado por DIFOCUR en 1991; también *Cada respiro que tomas*, y otro que apareció el mismo año, *El amor es un perro sin dueño*.

La poesía mueve las alas, esparce su fino polvo, pero Elmer lo niega, dice que él no es escritor de poesía, sólo la lee para motivarse, para no perderse en esa aventura tan larga y solitaria que es la escritura de una novela. Está leyendo a Olga Orozco; ha publicado dos o tres poemas, el resto únicamente los da a leer a su mujer, pues no considera que reúnan la forma e intensidad que debe tener un verdadero poema, aunque matiza su narrativa con líneas poéticas para afirmar su intencionalidad o provocar al lector. Utiliza la poesía.

«William Faulkner decía que todos empezamos como poetas y cuando no nos sale, entonces hacemos cuentos y si no nos funcionan los cuentos, empezamos a escribir novelas.»

Y si no sale nada, las memorias.

«Sí, entonces empiezas a trabajar de periodista. Los poetas se enojan cuando digo que la poesía para mí es un instrumento para lograr ciertos efectos en mi narrativa, pero creo que lo puedo decir porque yo jamás me he asumido como poeta.»

Para Elmer, un escritor que se disciplina, si cambia de rutina sufre malestares orgánicos, por eso se levanta a las cinco de la mañana, lee algo de poesía, narrativa, escribe de 45 a 150 minutos, hace ejercicio, desayuna, se baña, lee los periódicos y se va al trabajo. A veces se siente extraño, fuera del tiempo y entonces busca hablar con gente que no conoce, en cafés o en la calle, eso ocurre unas cuatro veces al año, el resto del tiempo trabaja, se divierte.

«De las fiestas estoy fuera, no puedo beber y las diversiones están muy ligadas a la bebida, me gusta viajar con mi mujer, con mis hijos, me encanta lo que están haciendo profesionalmente, me gusta el cine, todas las semanas voy, me interesa ver sus recursos discursivos, es otra forma de narrar, soy lector compulsivo, me gusta la música, sobre todo de mi tiempo, los sesenta, Zepellin, Morrison, Janis. Mi mujer es una gran conversadora y platicamos bastante aunque respetamos nuestros espacios y tiempos. Me gustaría manejar un Jeep en la arena o esquí acuático y andar en bicicleta, celebro mi cumpleaños cada cinco años, invito a mis amigos aunque algunos no se lleven bien y las reuniones se ponen divertidas.»

El mayor sueño de Elmer «desde hace muchos sueños» es hacer buena literatura. Considera importante el hacer más que el estar:

—La importancia de uno se vive y se mide por no estar —me dice.

—¿Incluso socialmente como escritor? —lo provoco.

—Sí —contesta—, por eso no tengo ningún interés de vivir en el D.F.; prefiero no estar en el *show bussines*; muchas cosas las resuelvo por teléfono, por fax o por internet, colaboraciones, entrevistas, etcétera.

—¿No te cansa la gente, las entrevistas no te fastidian?

—Pues ésta no me está fastidiando (risas cómplices). No, la gente no me molesta, pero no soy muy sociable. La gente con la que hablo, además de mis hijos y mi esposa, son mis alumnos. Mis intereses están más centrados en lo que hago y cómo me queda eso al final del día. Si no me gusta lo borro sin piedad. Si me canso me meto en la cama; control,

libros. Marcel Proust acostumbraba trabajar y descansar en cama y pienso que todos deberíamos cada que se pueda decretar el día «Proust».

—En todos tus materiales uno huele sudores, palpa humedades, tersuras, es estremecido por los temblores de la carne, sugerida elegantemente por indicios, actitudes, narraciones que hacen pensar sentir al lector que los personajes van a desnudarse o a morir y quien se encuentra de alguna manera completando el proceso es el que lee. ¿Esto es el erotismo en tu trabajo de escritor?

—Sí, es tratado por muchísimos escritores que tienen como tema el aspecto erótico de la vida. Confieso que tengo un vivo interés por ese aspecto, es un elemento importante en la vida de los pueblos. Cómo se enamora, se flirtea, se seduce, son determinantes. Cómo una comunidad manifiesta sus deseos, la seguridad del cuerpo. Estoy de acuerdo con Mario Puzo cuando dice que la belleza es poder. Nosotros vivimos en una ciudad muy erótica, una ciudad donde las personas ejercen mucho el poder de la imagen; las mujeres visten muy bien, tienen una capacidad fascinante de conducirse en el límite, que hace que el erotismo se manifieste.

—¿Que no se vulgarice?

—Sí, que no se vulgarice, y sobre todo, el control sobre el deseo, eso es un producto de esa forma de vivir. De acuerdo con mis preferencias sexuales, no soy indemne. Naturalmente que a veces me parece exagerado e insoportable y entonces pienso que ellas no tienen ese derecho de hacernos vivir en esta zozobra, ¿no?, pero a la vez pienso que el erotismo puede ser eso, el erotismo en la medida que implica deseos llega al nivel de la prohibición.

—¿Invita a la transgresión?

—Sí, a mí me alegra sobre todo cuando recibo comentarios de las mujeres, para ellas no hay misterios y entienden perfectamente lo que algunos varones me preguntan: ¿Qué quisiste decir?

—El erotismo en *Brassier rosita # 28*, del volumen de cuentos *Buenos muchachos*, el poder de la belleza es ejercido por la mujer, pero finalmente, también por el hombre, al confesarnos el personaje principal que él, a diferencia de los otros pretendientes, llegó más allá de besar los encajes.



JL

—Es una seducción de Charo, el personaje femenino; le hace una concesión pero le incrementa el deseo, y en eso reside el encanto.

—¿La realidad de la escritura?

—Eso está bien dicho. El texto erótico cumple, comparte, provoca. Si se inquieta el lector, si éste sufre contorsiones y cosquilleos, víctima del deseo, el texto cumple.

—Y hablando del deseo, los jóvenes, la alegría por la escritura, la autocrítica, algunos pierden tierra, se impacientan, otros ejercen la pedantería...

—Yo diría que hay que leer mucho. Alguien que aspire a escribir tiene que leer mínimo cien libros al año. Tener disciplina, aunque se emborrachen y se la vivan en orgías y bacanales. Hemingway fue un escritor que tenía fiestas a diario, se emborrachaba a diario, pero invariablemente todos los días a las siete de la mañana ya estaba trabajando hasta las doce o una de la tarde en que sus amigos ya lo estaban esperando. Bukowsky hacía algo parecido antes de largarse al hipódromo a seguir bebiendo, apostando y conversando con su mujer.

Elmer Mendoza, en una sabrosa entrevista que

le hizo Maricela García, declara ser parte de una historia romántica, que teme a las víboras y a los malos olores, que no cree en los políticos, de ir a otro planeta llevaría una computadora para delinear sus sueños, que de la mujer le gustan los labios, la voz y las nalgas, Y tras reconocer a través de sus respuestas la inteligencia de la entrevistadora, ya encarrerado nos muestra su vena poética al decir que:

En los días soleados creo en mí,
en los días nublados creo en Dios.

El buen trabajo de *Un asesino solitario*, novela publicada por TusQuets en 1999, no lo cambia. Acaba de ingresar al Sistema Nacional de Creadores. En el 2001 aparecerá publicado por la misma casa editora su trabajo más reciente: *El amante de Janis Joplin*.

Resuelto y amoroso escribe sobre su tiempo a través de un discurso narrativo autorreferencial, algo muy suyo, bajo la mirada providencial de Janis, la de la sonrisa franca, con su voz en cascada y sus pechos breves.

libros • discos • arte • café
gandhi

AVENIDA CHAPULTEPEC 396
ESQ. EFRAÍN GLEZ. LUNA C.P. 44420

TEL: 3616 7374
FAX: 3616 7382

gandhi
Bellas Artes
01 5510 4231 al 35
Fax 5612 4360

gandhi
Discos
01 5658 5718

gandhi
M. Ángel de Quevedo
Discos 01 5661 2339
Libros 01 5661 0911
Fax 5661 2043
Ofic 5661 1041

 **códice** *librería*
argentina 66 (entre vallarta y pedro moreno) ♦ tel/fax 3825 7060

En **pandora** le damos sentido a sus *textos*



pandora editorial
s.a. de c.v.
IMPRESORES 

Cañas 3657 v La nogalera % 3810 6624 Fax. 3810 6626 v C.P. 44470 v Guadajajara, Jalisco, México

Gaston Miron: un poeta del amor y la justicia

Françoise Roy

Si los poetas tuvieran sus equivalentes de un país a otro, Gaston Miron sería para la literatura quebequense lo que Jaimes Sabines para la de México: un poeta muy leído, que tenía el poder de congregár muchedumbres y apelaba a sentimientos que el menos erudito de sus oyentes reconocía en sí mismo como en un espejo del poeta al lector. Hombre político, militante independentista, Miron nunca fue un escritor que buscara publicar sino un poeta cuyos poemas dispersos aparecían en revistas y periódicos, muchas veces casi arrancados de una obra inédita y que, finalmente, después de circular sin muchos aspavientos, acababan en un libro estructurado. Su obra más conocida, *L'homme rapaillé*, se volvió ya un clásico en la poesía canadiense de habla francesa. Su primera versión al español en México, *El hombre redivivo*, saldrá este año, a cargo del programa editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México, en colaboración con la editorial canadiense *Ecrits des Forges*, en versión bilingüe, traducida por Hernán Bravo Varela y por mí. De este libro se puede decir que nunca en la historia literaria de Quebec, una obra había sido esperada con tanto ahínco y entusiasmo por la comunidad artística.

Algunos críticos han dicho que Miron escribe por desfallecimiento. Es cierto que su obra habla de un vacío que desaparece fúgazmente con las palabras antes de reabsorberse y volver a no ser nada. Muchos de sus poemas son, de hecho, una alegoría de la destrucción. Irónicamente, el poeta Miron ya era un mito, una leyenda viviente en Quebec, cuando fue publicado «casi accidentalmente» —dijeron muchos— *L'homme rapaillé*. Con este libro, Miron firmó la culminación de años de escribir a veces casi en contra de su propia voluntad, una dedicación constante que le valió en Francia el prestigioso premio Apollinaire.

Los temas abordados por Miron abarcan desde el maravilloso accidente de la vida —un asombro casi de emergencia ante el amor y la belleza— hasta la militancia más evidente; durante toda su vida el poeta sostuvo una posición férrea a favor de la autonomía cultural y política de su pueblo, que en un momento dado le valió la cárcel. Más que cualquier otro poeta, cantó el milagro de esa lengua acorralada que ha resistido todos los embates y sobrevivido en un mar angloparlante.

Françoise Roy (Quebec, 1959). Poeta, ensayista y traductora. Premio nacional de traducción literaria, México, 1997.

Miron fue ante todo un poeta de la libertad, de la rebeldía. Su versatilidad, a pesar de una posición política inequívoca, no sólo es evidente sino que sorprende a lo largo de su obra; siendo claramente libertario, escribió poemas rimados en forma de sonetos, cuidadosamente estructurados en un tono decimonónico. Otros de sus poemas son claramente confesionales y empañados de un lirismo doloso. Ora lúdicos e irreverentes —cuando fueron escritos en un lenguaje coloquial y regionalista—, ora metafísicos, sus versos expresan la angustia de un hombre que buscaba una solución a la pérdida, a la falta de significado, un hombre que escribía porque, como él mismo lo dijo, «no había de otra».

Gaston Miron, nacido en 1928, falleció en 1996 en su tierra natal. Es considerado por muchos como un embajador por excelencia de la poesía quebequense en el mundo. Su obra sigue siendo una de las más leídas, vendidas y comentadas de la poesía de Quebec de este siglo, junto con la de emile Nelligan y Anne Hébert.

* * *

EL HOMBRE REDIVIVO (fragmentos)

Liminar

A Emmanuelle

Hice desde más lejos que de mí
un viaje abracadabrante
hacía mucho tiempo que no me volvía a ver
heme aquí en mí mismo como hombre en una casa
que se construyó en su ausencia
te saludo, silencio

no volví por volver
he llegado a lo que comienza

Mar días

Mar días
y de arpas sin pájaros

para mareas secretas que desaparecieron
en la anfractuosidad de los silencios
tejes de nueva cuenta al revés
los hálitos de mi corazón espiritual

por un misterio que te sementera
en lo múltiple denso de los abrazos
auscultas siempre
de una sonda a la estrella
tu larga desesperanza

Mi bello amor

Mi bello amor navegante
las manos abiertas sobre los sueños
sabes el mapa de mi corazón
los juegos que te prolongan
y la luz cantada de tu alma

que no adivina juntos
todo el silencio los ojos porosos
lo que hemos de cruzar con el secreto pie
lo que hemos de escuchar
la oreja como una caracola
en qué país del sonido azul
amor el sobresalto en la octava del don

sobre el malecón de la noche
sabré mi presente
de un deseo al cielo tu misterio
rasgado de un espacio ruiseñor

Noche tormenta

La llovizna farfulla en los cristales
y de pronto se te ocurre
correr hacia tus pasos más lejanos
para huir de la mano que está sobre nosotros

pierdes tus ojos en los otros
tu cuerpo es una idea fija
tu alma un coágulo al centro de la frente
tu vida retrocede hacia su ánfora
y mueres
mueres a traços cortos bajo tus mismas suelas

LOS AÑOS DE RELICCIÓN

Recurso didáctico

La oscuridad de aquí que estorba al mismo sol
me penetra invisible como idiotez tiñosa
cada día en mi vida reproduce el pasado
y sucumbo sin nunca del todo fallecer

él que como yo, como muchos no tiene nada
caminan tras nacer, caminan en la errancia
con lo que desvaría y lo que desorienta
en su vago cerebro que nubla la agresión

cómo hallar mi camino laberinto oh mis ojos
camino en falta de palabra y pensamiento
del círculo consciente fuera, fuera de alcance
padre, madre, no tengo mis ojos en las cosas

ya que perdido estoy, cual muchos de los míos
yo más no puedo hablar sino es entre nosotros
mi lengua igual a nuestro desconcierto y zozobra
y pronto igual a la fosa común de todos

ya que he perdido, como casi todos los míos
perdido la memoria por miseria y usura
perdido dignidad gracias a rebajarme
y el respeto hacia mí a fuerza de irrisión

ya que me he vuelto como algún número grande
calaña que se desloma tanto y se mata
recobrando su nombre, su lugar, su mañana
y hasta autodestruirse en lo que le es legítimo

tierra, bebes con nosotros y cual nos eres
que escapa a toda nuestra imposición amada
bebes milenios niveos por la desesperanza
cual nos con la fijeza huraña y discontinua

mientras que la belleza aurífera del frío
te aureola y cual nosotros en la muerte te engasta

yo voy, entre las avalanchas de los fantasmas
soy mi fuera-de-mí y mi anverso también

somos cercados por el ulular cercano
de sinrazón, de maleficios y de homicidios

yo voy, algunos otros por siempre son reales
cual la ardiente gran ala del horizonte lúcidos
repicando su amor arrebatado en desgracia
un concreto sufrir, una total pregunta

mirada mía, poema, intenté que existieras
contra mi irrealdad luchando en ese mundo
henos aquí en un destino a la deriva
aferrándonos a signos no conocibles

con el rostro esfumado se borrará tu imagen
pero me parece vislumbrar que a ti te afloran
una historia y un tiempo que los nuestros serán
como después del sueño al ser lo real el sueño

y yo elevo una voz entre voces contrarias
somos inapelables en nuestra condición
somos inapelables a universal recurso

acuérdense de ustedes, hombres, en otros tiempos

Después y más tarde

Heme aquí de nuevo en el no-amor que no posee espacio
con mi amor que corre como el venado herido
y como la marea que se retira por última vez
con mi vida incierta y desterrada de tierra baldía
con mi cuerpo en cenizas y mis ojos por dentro
oh amor, muchacha, con otro poco de tu calor dorado
me lleva el viento en el soplo de ninguna parte

Y más tarde en esta calle donde me extravié
disipado en mis gestos y turbado en mi ser
cayendo y levantándome en el alma
toda la lluvia cae sobre mis hombros
la tristeza del mundo muy cansada y muy baja reluce
mas tu pasión de las altas llamas en mi regazo
me asolas como las tormentas de bosques iracundos
y a veces me arrastro y a veces soy cual ráfaga...

Aún en el afuera del tiempo del amor

en la trasmemoria de corazón y cuerpos
no he regresado ni de todo ni de nada
no tengo miedo de llorar en otras ocasiones
soy un hombre irrigado, que irriga
de nuevo hacia a ti avanzo, amor, te pido
pasaje, amor, te pido una morada

La pobreza anthropos

Mi pobre poesía en imágenes de pobres
con tus esfuerzos con los ojos salidos de la historia
con tus esfuerzos de collar al cuello de los delirios
mi pobre poesía en tus guiñapos de familia
con qué frente arengas a tus hermanos humillados
con qué derecho tu suerte con ellos vocíferas
y esas cargas de dinamita en el cerebro
y esas cargas de bisonte hacia la luz
luz en la gánaga de la ignorancia
luz envuelta por el crepúsculo
acaso no es la inagotable esperanza de los pobres
mi pobre poesía a quién le sobra corazón
y lirios de la nieve pese a las desgracias de cada cual
lirios de confusión de aberración
mi pobre poesía de armas oxidadas
en las alturas de la memoria
mi pobre poesía que siempre estás tan cerca del desmayo
en el gorgoteo de tu palabra
desesperada mas no resignada
obstinada en tu compasión y en el saludo colectivo
pese a las desgracias con todos y entre nos
que así cual los pobres tienes tu orgullo
y como pobres juntos un día tú estarás
juntos en una conciencia
sin deshonra y hallando una dignidad nueva

La versión de la obra poética de Miron próxima a publicarse a cargo de Hernan Bravo, Marco Antonio Campos y Emile Martel, puede ser ligeramente distinta a la presente versión de Francoise Roy y Hernan Bravo.

Mordidas

Graciela Licciardi

Tengo un perro que me muerde el vientre todos los días. La primera vez que me mordió le pegué una bofetada. Era de noche, acababa de acostarme. Al día siguiente, también a la noche, volvió a hacer lo mismo, a pesar del castigo. Siempre fue muy caprichoso. Por más que lo reprendiera, todas las noches volvía a hacerlo, pero después comencé a comprender, era su forma de mostrar cariño. Hace siete meses que me muerde el vientre, el muy travieso.

Me había quedado sin trabajo por cuestiones de invalidez decían, o algo por el estilo, no entendí muy bien. La cuestión era que tenía mucho tiempo libre. Salíamos todas las tardes, el perro y yo. Íbamos al parque Chacabuco, a la zona de los juegos, al polideportivo; llegábamos al lugar de los antiguos Rosedales, parecidos a los de Palermo, pero ya los habían sacado hacía años. En ese momento siempre me venía la nostalgia. El perro lo presentía y quería morderme el vientre, pero yo no lo dejaba. Seguíamos avanzando hacia la fuente de agua con luces en el fondo, pero a la hora que íbamos siempre estaban apagadas. Ya de regreso a casa comíamos algo. Yo comía poco, desde hacía un tiempo cualquier comida me caía mal. Después él se acostaba sobre la alfombra y yo en la cama. Al rato venía y me mordía el vientre. Yo lo esperaba sin sorpresa. Cuando tardaba más de la cuenta comenzaba a sentir extrañeza, pero nunca fallaba.

En realidad la suya no era una mordida feroz, al principio resultaba un poco molesta y punzante, pero después comenzaba a atenuarse. Más bien en vez de parecer una mordida era como un puñetazo seco, el dolor, que repito no era muy grande, se expandía hacia arriba, después hacia los cos-

Graciela Licciardi (*Buenos Aires, 1954*). *Ha publicado Las palabras de la noche (cuentos), en Torres Agüero Editor, al cual pertenece este relato, y Nada es para siempre (poemas), en la misma editorial.*



JL.

tados y a los dos o tres minutos empezaba a desaparecer. Qué travieso había sido mi perrito. El martes pasado fui al médico a hacer una consulta de rutina. Mis amigos insistían con este tema, no sé por qué; preguntaban el por qué de mi flacura, pero yo les expliqué que comía poco, que era por eso. El perro me acompañó. No hubo forma de persuadirlo para que se quedara en casa, como les dije es muy caprichoso. Después de una exhaustiva revisión el doctor me recetó como cinco remedios y una pila de estudios, que dicho sea de paso quedaron en el olvido. La verdad no sé por qué me los mandó, había hablado de anemia o algo así, no recuerdo muy bien lo que me dijo. El perro casi me muerde en el consultorio, pero yo lo miré de una forma tal que desistió de inmediato. Últimamente al perro se le ha dado por mordirme tres veces por día, a veces cuatro.

Yo lo dejo. No sea cosa que se enoje demasiado y me arranque las tripas, o un pedazo de hígado o de estómago, quién podría saberlo, es tan caprichoso.

Ya me acostumbré tanto a las mordidas, a esos dolores que me suben y me bajan, que en realidad a veces los extraño cuando el perro está medio distraí-

do y en vez de tres o cuatro veces me muerde dos. A veces pienso si no será una consideración de su parte. Es tan cariñoso. Hacía unos días que me venía mordiendo más seguido el muy bandido; se le había dado por mordirme las piernas también. Mis amigos vinieron a visitarme hace unos días. Me retaron por no haber tomado los remedios y sugirieron que fuera a un hospital por la palidez o algo de eso. Les dije que era por el encierro, pero no me creyeron. Yo, como se imaginará, no les hice caso. Últimamente cuando comemos, el perro y yo, él se hace una panzada bárbara, porque los alimentos míos casi quedan intactos, es tan poco lo que como. Tuvimos que suspender los paseos, por el momento; una caminata me produciría mucha fatiga.

Al perro parece no importarle demasiado, de todos modos conmigo aquí constantemente con él, tiene bastante motivo de distracción, con el asunto de las mordidas y todo eso. Porque ahora, además, se le ha dado por mordirme los brazos y el pecho también; está imposible el perrito éste. Ya casi ni me oye cuando le digo que se le está yendo la mano, digo, los dientes, con las mordidas, claro que mi voz por estos días, le comento, se ha puesto tan bajita que ni yo me escucho a veces. Además, estoy mucho en la cama, ando con pocas ganas de levantarme, sabe; si no fuera por este perrito que me hace compañía, no sé lo que haría, a pesar de las mordidas, mire lo que le digo. Aunque en realidad estoy muy débil para andar cuidándolo, por otra parte, como le dije, las mordidas son cada vez más continuas. Perdone usted, pero quiero hacerle un pedido, por qué no se lo lleva un tiempito, hasta que me recupere un poco, nada más, aunque le digo la verdad, no sé si me acostumbraría, pienso que lo extrañaría un poco, pero sabe, está tan ju-guetón y me muerde tanto últimamente, que no tengo muchas fuerzas, entienda, haga el favor, a lo mejor con usted tiene un poco más de suert...

Dos poemas

María Rivera

Día primero

¿Qué misterios abres en mí, pronombre caprichoso que me
suplanta?

El mí de rodillas sujeta a las embestidas del todo
cifrado en una larga constelación de sangre y coágulo,

una espada de luz me atraviesa
entra en mí hasta tocar el borde
donde empieza el mundo,

una espada me abre como Dios
al separar las aguas;
ciega anda en la oscuridad
buscando el milagro:

anda, un rayo suspendido entre mi carne
enciende
todas la luces apagadas de mi nombre.

Diecisiete horas en el precipicio
el mundo sujeto por dos hilazas de carne
[rebelde, condenada]

la carne del tiempo sujeta por una tiara de memoria:
que no cae, ni vuela
sólo es,

María Rivera (Ciudad de México, 1971). Egresada de la SOGEM, becaria del FECA del Estado de México en 1995 y becaria del FONCA en el periodo 1999-2000. Actualmente es becaria del Centro Mexicano de Escritores. En el año 2000 recibió el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino, por su libro Traslación de dominio.

¿Un cafecito? *Ricardo Rodríguez*

Vi pasar un sinnúmero de ojos húmedos, y al observar que entraban en casa de doña Angustias supe que la muerte los había traído, pues todos saben que para esa familia el luto es el único motivo de reunión. Salí de prisa vistiendo mis únicas ropas oscuras. Mis pasos apurados contrastaban con el lento llamado de las campanas. Me desconcertó el hecho de no haber sido llamado, sobre todo porque una enfermedad como la de doña Angustias no termina de súbito con la vida del paciente, si se le atiende oportunamente. Si bien el caso era responsabilidad mía, me reconfortaba la idea del sufrimiento interrumpido. Pensé, con toda razón, que por andar de juerga ni siquiera sus hijos la acompañaron en su última noche, e imaginé el remordimiento que Fato y Tino cargarían a partir de entonces.

En la esquina me alcanzaron los pasos del oficial Arana. Deduje que había trabajado la noche anterior por sus ojos abotagados y su extrema palidez. Nuestro saludo se limitó a un buenos días, buenas tardes, confundidos porque el sol ya se encontraba a mitad de su camino. Las campanadas cesaron y fue Arana quien habló primero.

—Doña Angustias debe estar sintiendo como si le hubieran cortado un brazo; dicen que a eso se parece el dolor de perder un hijo —reflexionó para mi sorpresa.

—¿Entonces fue uno de sus hijos? ¡No puede ser cierto!

—Entiendo su sorpresa doctor, pero no estoy hablando de un vulgar chisme: ¡yo estuve ahí! Esta madrugada el sacerdote llamó a la jefatura porque, según él, alguien trataba de saquear el templo. Acudimos de inmediato. Fue una falsa alarma o por lo menos una exageración. La penumbra nos impidió identificar a primera vista el bulto que golpeaba las puertas del curato con torpeza. La lámpara nos reve-

Ricardo Rodríguez. Es alumno del taller de narrativa del Departamento de Letras de la Universidad de Guadalajara.

ló su rostro. Era Tino escandalizando una vez más, en otro de sus desvaríos alcohólicos. Al esposarlo me di cuenta de que sus manos temblaban. El cura firmó el acta de denuncia, pero se negó a salir dizque por miedo a represalias. Eso sí, nos exigió el encierro inmediato y eso hicimos. Lo que pasó después me ha tenido toda la mañana muy nervioso. El preso sufrió una convulsión en la cárcel, tenía sus brazos y piernas rígidos, y sus ojos en blanco. Pensé que terminaría por cerrarlos para siempre. Por suerte volvió en sí, aunque su color se negó a regresar. Era necesario avisar a su hermano Fato y no descansé hasta encontrarlo, pero de nada me sirvió porque no le concedió la menor importancia. Me dijo que ya tenía suficiente con la enfermedad de su madre como para tener que cargar con ese otro lastre. ¿Usted cree en la justicia divina? —preguntó, tal vez esperando mi rechazo ante semejante actitud. Yo la juzgué razonable, tomando en cuenta que en verdad la responsabilidad de Tino dejaba mucho que desear. Si alguien había estado al pendiente de la salud de doña Angustias, ese era Fato. Arana se quedó pensativo un momento, pero pude advertir que sonreía irónicamente. Luego continuó:

—Más que interesado por la salud de su madre, yo diría que lo estaba por su muerte y su dinero. Los borrachos no dicen mentiras. Ese avorazado ya había elegido el ataúd y contratado los servicios fúnebres, por lo que pudiera pasar. No sólo ignoró la crisis de su hermano, todavía tuvo el atrevimiento de pedirme que le investigara en la administración los precios de los terrenos en el cementerio. ¡Por supuesto me negué! Luego se trepó a su camioneta. Hizo rechinar las llantas del vehículo con un arrancón que debió despertar a más de uno.

—Jamás pensé que Tino moriría antes que su madre —le dije en voz baja cuando llegamos a nuestro destino, de donde ya se escapaban algunos lamentos sobre el murmullo de las tristes oraciones.

—Espere, doctor —masculló Arana— está en un error. Luego me invitó a seguirlo por aquel pasillo atiborrado de gente. Nos costó trabajo llegar hasta el ataúd, el cual abrió provocando que algunos curiosos se acercaran también. Sólo fue cuestión de inclinar la cara para comprobar lo impredecible que puede ser la muerte.

—La velocidad también mata, doctor. ¿Un cafecito?

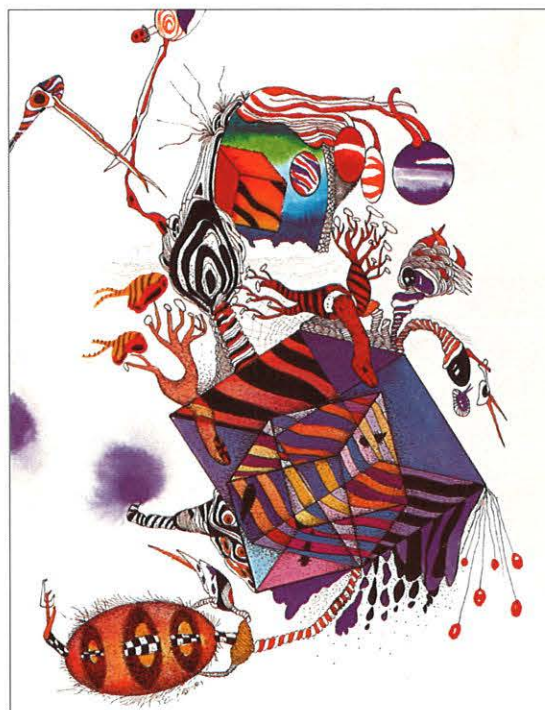
Los universos geométricos de Fernando del Paso

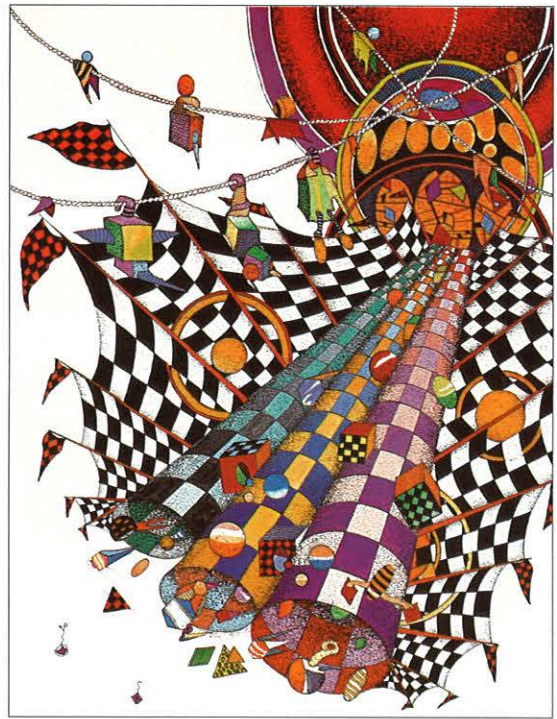
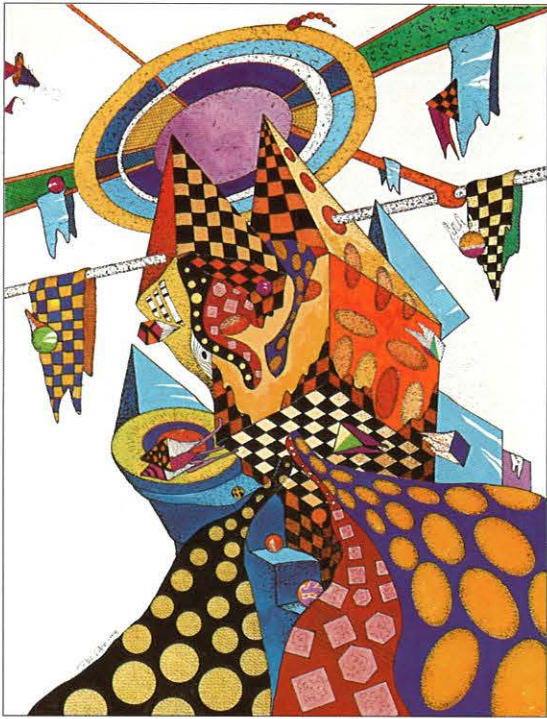


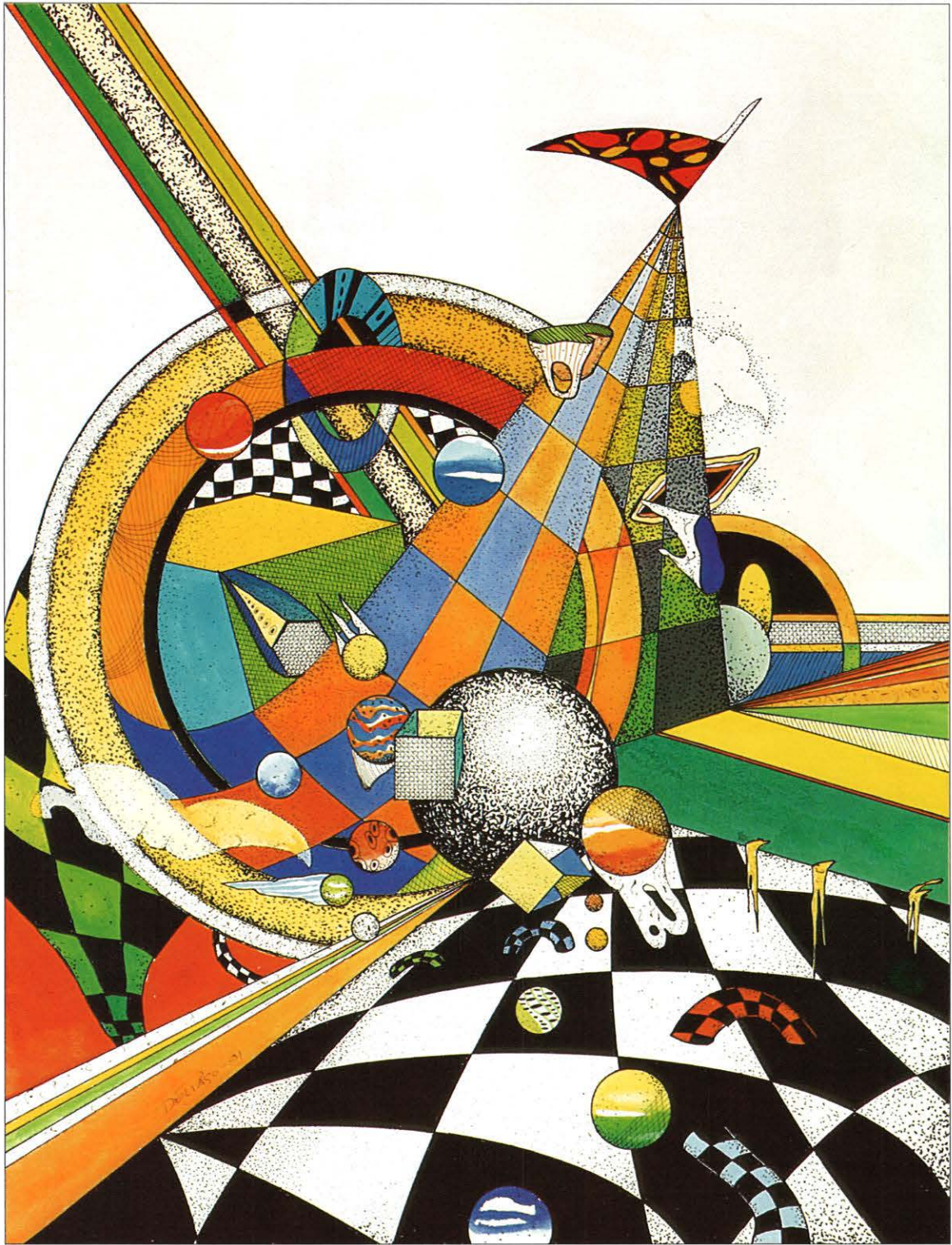
Novelista, poeta, dramaturgo, ensayista y pintor, o simplemente un creador apasionado, es Fernando del Paso. Si con sus exitosas novelas *Noticias del Imperio* y *Palinuro de México* se ha colocado como un escritor de ligas mayores, se ha ganado también un lugar en el difícil y competido mundo de las artes plásticas con su obra pictórica desarrollada en un periodo de más de 25 años, durante los cuales ha expuesto en importantes museos y galerías de Inglaterra, España, Francia, Estados Unidos y México.

Una de las características de su obra plástica es el divertimento, como lo demostró en su exposición «2000 caras de cara al 2000» que presentó primero en el Museo de Arte Moderno, en la ciudad de México, luego en el Instituto Cultural Cabañas y posteriormente en el Festival Internacional Cervantino. El propio Fernando del Paso calificó esta exposición como una fiesta.

Mucho de festivo tienen, precisamente, los dibujos que aquí se publican. No sólo por el colorido, sino por las imágenes que aparecen en los fantásticos mundos de formas geométricas que ha creado sobre pa-







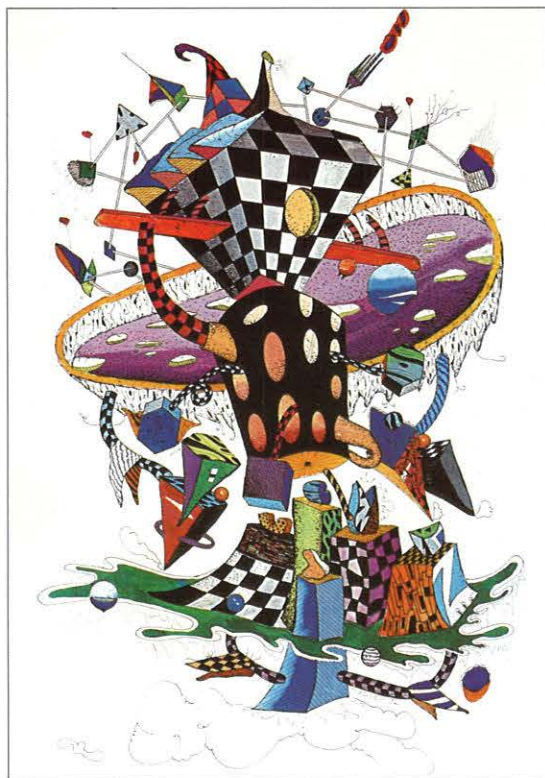
peles de diversos formatos. Y aun cuando no hay en ellos representaciones de seres humanos ni de objetos reconocibles a primera vista, uno cree estar frente a una peculiar carpa o feria de diversiones donde se presentan los más insólitos espectáculos.

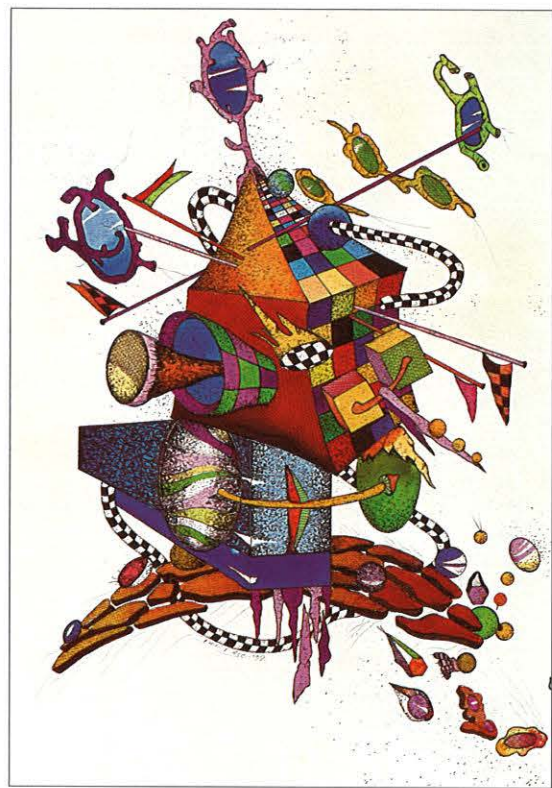
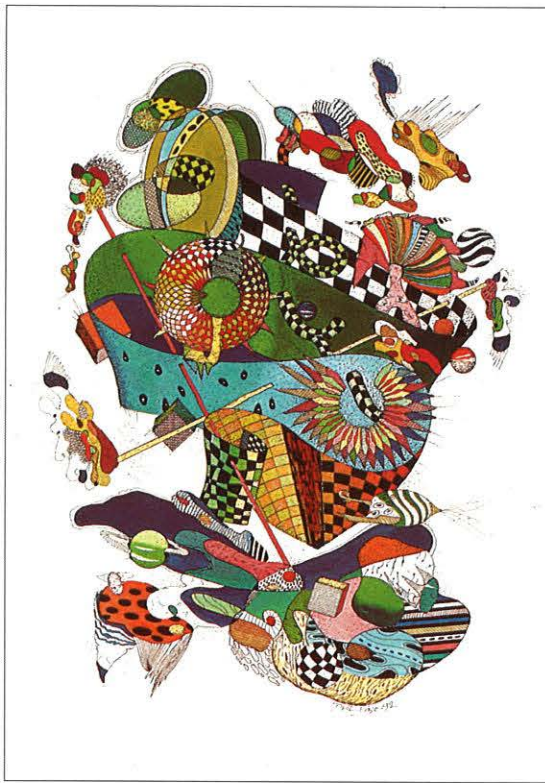
Por ahí parece que un arlequín ha echado a rodar pelotas de colores que, como si fuesen planetas, buscan su acomodo en el singular universo de cuadrículas que ondulan, se quiebran, expanden y fúgan entre nubes apenas sugeridas.

¿Será posible decir que Fernando del Paso está creando, en estos dibujos, un surrealismo geométrico?

Sea como fuere, el artista se ha divertido con sus hallazgos en ese imposible tablero de ajedrez donde los espejos nada reflejan, y además hace guiños a los maestros del surrealismo por excelencia: Carrá, De Chirico y Dalí.

Pasemos, pues, a cada uno de los apartados que conforman esta serie y disfrutemos la aventura plástica que nos ofrece este impredecible creador de mundos.







Relato en blanco y negro de una historia fallida

León Plascencia Ñol

Primero se escuchó el disparo, luego el hombre salió corriendo del edificio. Eran las seis de la tarde y en la ciudad la luz del cielo parecía dormir.

Ese día estaba yo con el gordo Salmerón en el bar de siempre, bebiendo un ron tras otro. Lo escuchaba atento. Dijo: «Primero se escuchó un disparo...». Otro nuevo relato, una nueva historia que nunca escribiría el gordo Salmerón. Falso escritor de confesadas pasiones policiales. Éramos amigos desde niños y ahora compartíamos un departamento en el centro de la ciudad. Todas las tardes, o casi todas, recalábamos en el bar: bebíamos ron y luego, ya en la noche, emprendíamos la consabida ruta a la casa. Debo decir que yo también tenía mis pasiones —no menos secretas que las del Gordo—: las películas de Orson Welles y Abel Ferrara, las fotografías de Bresson, los cuentos de Bioy y las imágenes de Louise Brooks y Rita Hayworth.

Un narrador, decía el Gordo, debe ser un espejo en donde se incrusten y perfilen las historias. Ellas deben salir de manera natural y sin artificio.

Era un narrador clásico, aunque nunca, o pocas veces, escribiera. Durante algunos años vivió en Guanajuato, en una casa de asistencia regentada por una anciana argentina que tenía el mismo gusto del Gordo: contar historias.

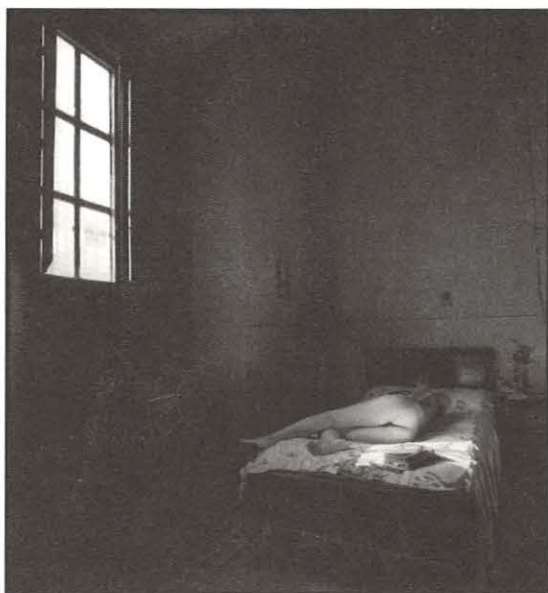
Allí, decía él, en esa casa, fui feliz porque conocí el amor. Una chica peruana se había obsesionado con él —algo debía tener el Gordo. Pero esa es una historia pasada y a mí no me toca contarla.

El relato referido: «Primero se escuchó un disparo...», lo encontró el Gordo —tan habituado a los sucesos raros—

León Plascencia Ñol (Guadalajara, Jal., 1968). Ha publicado, entre otros poemarios, Estación llena de pájaros (Fondo Editorial Tierra Adentro) y En los párpados del aire (Secretaría de Cultura, Gobierno del estado de Jalisco).

en un periódico viejo de 1947. Sacó una copia a la página y decidió pegarla en una de las paredes de su habitación, junto al escritorio desvencijado.

Amores fallidos, celos, desencuentros y una casualidad fatal, eran las palabras más repetidas en ese español ingenuo del redactor anónimo de esa nota roja. La historia es la siguiente: En la calle de Donceles, número 526, vivía un hombre norteamericano, que aparentemente traficaba con figurillas prehispánicas y que vendía en su país al mejor postor. En la nota no se mencionan sus apellidos, sólo se dice que se llamaba Henry y que «poseía un fuerte magnetismo, por lo cual era asediado por las mujeres lo cual fue la causa de que fuera cobardemente asesinado». El redactor anónimo continúa con la historia de engaños de manera ingenua. Menciona a un poderoso empresario de la localidad que descubre que su mujer lo engaña con Henry, motivo por el que decide contratar a un detective privado para que siga los pasos de su mujer. El detective, luego de largas pesquisas, le entrega un informe acompañado de fotografías reveladoras. En una de ellas se ve a la mujer entrando a la casa de Henry, en otra los dos caminan presurosos por una calle y van tomados de la mano, en otra más se les ve en un bar mientras él se acerca al rostro de ella y le da un beso en los labios. El empresario, según la nota, compra un arma y espera el momento propicio para vengar su honra; después de varios días va a la casa o edificio donde vive Henry —aquí el redactor comete una equivocación— y le pide permiso al portero para pasar. El hombre sube las escaleras, toca a la puerta y cuando abre Henry, se escucha un solo disparo. Los peritos informan que el norteamericano muere instantáneamente: su rostro queda desfigurado. Estos son los únicos datos de la nota del redactor, no dice qué



pasó con la mujer ni con el empresario, no va más allá, no indaga: se queda en el borde.

El Gordo quiso imaginar otro desenlace, otra historia mejor lograda, llena de intersticios y pesadumbre. Negra entre lo negro. En la suya, de manera grandilocuente, hay un complot internacional de traficantes, de corrupción por parte de las autoridades, de amores ocultos y traiciones, de un mundo que no es lo que aparenta.

Podría ser extraordinaria, decía el Gordo. Imagínate una historia en donde pusiera todo como una especie de rompecabezas que tuviéramos que armar el lector y yo. Hablaría del triángulo amoroso entre Henry, Lígia y Esteban (estos nombres les pondría a los últimos) y de cómo Henry traiciona a Esteban de doble manera —dar la parte correspondiente—. También hablaría —en una historia paralela— de Tania, mi amor de ojos rasgados y ternura envolvente. Ella me enseñó a conocer otras realidades con su voz casi líquida. Me contaba de su padre, un ingeniero de caminos enamorado de la ópera y de su madre, una loca como yo, decía Tania, una loca que se casó con un japonés miope (mi padre) y a la que le gustaba llevar ropa y comida a los presos de la cárcel de nuestro pueblo. A mi padre le gustaba vestirse como los personajes de sus óperas preferidas. Acaso por una insospechada manía aprendida en algún lugar de los tantos en donde había vivido, tenía los días asignados para cada representación. El lunes a *Carmen*. Era mágico y terrorífico verlo en su estudio maquillado como la cigarrera, con cada nota languidecía o cobraba brillo; los martes, *Madame Butterfly*; los miércoles, *Dalila*; los jueves el estudio de mi padre permanecía silencioso, era el día que se reservaba para leer a sus poetas; el viernes, *La Bohème*; los sába-

dos, *Falstaff* y *Los payasos*; pero los domingos eran grandiosos: reunía a todos en el comedor y salía hermoso y magnífico como María Callas, ese momento era de encuentro y comunión entre la mirada de mis padres. Él viajaba por todo el país y de cada viaje nos traía regalos; para cada uno tenía algo especial. Recuerdo un vestido de flores amarillas que estrené un domingo en el que mi infancia se perdió.

Mira cómo podía embeberme Tania, decía el Gordo. Ella sabía por dónde entrar. No me preguntes cómo fue la separación, eso nunca te lo diré.

«Primero se escuchó un disparo...» Es linda la frase, decía, presintiendo que quizá como otras tantas quedaría ahí, arrumbada, solitaria y en el olvido.

Los dos fumábamos cantidades enormes de Delicados: entre el humo las palabras parecían más hospitalarias, más abiertas, más nuestras.

En 1947 aún no habíamos nacido. El Gordo nació en el 59 y yo en el 60, éramos dos solterones enfrascados en tardes de ron y literatura, en tardes de secretas nostalgias, de caricias largamente entrevistas y soñadas. Éramos un divorciado —yo— y un hombre que había renunciado a casarse porque sí, por miedo, por gozo, por cualquier cosa.

Le pedí permiso al Gordo para escribir la historia: me gustaría transformarla en una obsesión amorosa. Para mí las historias tenían que ser obsesivas, implacables y sorprendentes. Narrar es pensar. La historia. El encuentro. La tarde quieta y el vuelo de los pájaros alrededor del cielo. Narrar es pensar. Primero se escuchó el disparo. Narrar los vericuetos, las razones, dejar una historia oculta para que al final se intuya por el lector y salga. Dos historias —la que se cuenta y la que se oculta—, dos encuentros. Debo confesar que me sentía más atraído por



el personaje de Ligia, que yo pensaba cambiar de nombre por el de Susana, quizá en recuerdo de mi primera mujer. Quería explorar la relación de ella y Henry, quería que se amaran saltándose los convencionalismos de 1947 en una ciudad miope. Pero también deseaba hacer un relato policial distinto. Narrar es pensar. Aquí estaba la frase: «Primero se escuchó un disparo...» y luego qué, cómo engañar al lector, cómo seducirlo. El Gordo pensaba en Tania y

en doña Dolores, la argentina que regenteaba la casa de asistencia guanajuatense. Él decía que un relato es una pincelada vigorosa sobre la vida y por lo tanto, único e irrepetible.

Pero también estaba aquella otra historia que me daba vueltas. La del padre que mató a su esposa y sus hijos en Tijuana. Los había asesinado lentamente, con saña. Primero fue la esposa, ahorcada en el árbol del patio, luego encerró a los niños en la casa y abrió el gas. La única explicación a su comportamiento la había dado el hombre —un campesino de Michoacán que se había ido a la ciudad fronteriza con toda la familia, para cruzar al norte— de manera inocente: no quería que pasaran hambre. En la cárcel se aferró a la religión como si de eso dependiera su vida, aprendió a leer. Su libro era la Biblia y no se arrepentía de lo que había hecho. Ahora quería ser pastor.

Un sueño recurrente: narrar infinidad de historias que se fueran mezclando.

El cielo era gris y negro. La lluvia no tardaría en caer. El Gordo ahora dormía después de una fiebre de alcohol y palabras ligeras. Yo estaba ausente pensando en Susana y su cuerpo tan de aire y media mañana, tan bésame aquí un poco y risas y algo más.

Yo estaba ausente, yo quise ser el hombre del disparo, pero era tarde.

Tristeza del alcohol

Emilio Ballesteros Almazán

Tristeza del alcohol. La calle solitaria.
Un vaho inaprehensible dibuja en los bordillos
grasientos de la acera la niebla del sopor.
Ruge por los balcones un silencio de tiempos
de llanto atropellado.

Vacío, deprimido,
el joven en el borde de la acera sentado
contempla en el asfalto su vómito caliente
aún, desesperado. ¿Qué espera de la vida
en su negro presente? ¿Qué luces le dibujan
los que trazan los planos ambiguos del futuro?
La fría madrugada le ha arrojado su escarcha
como una regañina. Las noches desbocadas
le muerden las entrañas, le arrojan al vacío
de luces de la noria, del carrusel que en ruidos
embota el absoluto, atónito desierto.
Abarrotado de aire, de sol entre las lágrimas,
el día despereza una leve neblina
y la vida prosigue. El río ha de seguir
volcándose hacia el mar.

Emilio Ballesteros Almazán (Albolote, Granada, España, 1956). Entre sus poemarios publicados se encuentran Padre sol y hermana luna (1982), El arca mágica del loco Perales (1986) y Aquella remota soledad (1989). Ha ganado los principales premios de poesía de España, y es director de la revista literaria Alhucema.

El hombre sereno y la legión roja

Francisco Javier González Becerra

El hombre sereno camina sobre una alfombra de pasto verde, se aleja de la ciudad siguiendo el atardecer, rojizo y humeante, como si el cielo se incendiara. Hay en el ambiente un frágil y sutil presagio de lluvia, pero al hombre sereno no le interesa; se detiene y se sienta bajo un árbol, ensimismado; mira alrededor y sonríe, tímido, melancólico; cierra los ojos y empieza a escuchar el murmullo divertido de la brisa, suavemente los árboles son movidos hacia un lado y luego hacia el otro, interrumpiendo el letargo del siempre verde.

En el cielo se puede ver ahora una gran luna llena, luna de octubre que ilumina las penumbras, que hace nacer las sombras: el hombre sereno llora quedito en soledad. De sus ojos cerrados se descuelgan fugitivas gotas de cristal que humedecen sus mejillas y luego su cuello, alguna logra escapar y explota en el suelo. Recostado sobre su espalda, con una expresión erosionada y perdida, cierra sus párpados gruesos, cansados, metálicos; poco a poco se entrega a la inconsciencia, su respiración se tranquiliza, se alenta, se detiene, se acaba.

La legión roja, compuesta por millones de hormigas, ha invadido el campo, trabaja ardua y perfecta para el invierno frío y largo. El nido principal mide apenas tres centímetros de diámetro en su acceso, es tan solo una pequeñísima parte de esta colonia de insectos. Más abajo, cientos de cámaras subterráneas han sido cavadas laboriosamente durante años, están acondicionadas para cultivar el hongo que las mantendrá abastecidas de alimento durante muchos días.

Mecánicamente, el instinto supremo se manifiesta a través de impulsos químicos y feromónicos: la hormiga ex-

Francisco Javier González Becerra. Es alumno del taller de narrativa del Departamento de Letras de la Universidad de Guadalajara.

ploradora notifica, en un asombroso modelo de comunicación, la presencia del hombre sereno al resto de la legión. La sobrepoblación, la escasez del alimento, la luna llena, el bióxido de carbono, algo sucede. Rápidas, con precisión fascista, las hormigas adoptan posición de ataque; y la primera y minúscula máquina orgánica roja se abalanza contra la vasta extensión de piel blanca, a la primera le siguen miles y en un santiamén reducen el cuerpo del hombre sereno a pedazos tan pequeños que pueden ser introducidos al hormiguero. En cuestión de minutos el hombre sereno es solo un recuerdo extraviado a mitad de la noche.

El sonido muere al calor tranquilo del silencio, el mundo natural, tal como lo conocemos, ha dejado de existir.

En el cielo, el viento arrastra cadenas completas de coloidales algodones sin nombre, y la luna se mancha de negro, en su obligada y resuelta condición de astro emperador de la noche. Los minutos—vasallos incansables—suceden como el agua a la luz, y lo acompañan todo, todo lo dibujan, todo lo destruyen, todo lo vuelven vano recuerdo, todo.

Después de tres noches sin parar, viene la mañana envuelta en capullos rosas. La naturaleza reclama el mando de las acciones, y la primera y minúscula máquina orgánica roja sale del hormiguero y coloca su pedazo de hombre sereno justo donde estaba hacía tres lunas, y a la primera le siguen miles, de tal forma que en cuestión de minutos el cuerpo del hombre sereno es reconstruido.



JL

Con los primeros rayos del sol, viene también el toque mágico, el soplo divino... Y los pulmones del hombre sereno se llenan de oxígeno y su boca de aliento, sus venas de sangre, su garganta de voz y en sus ojos nace como por vez primera la luz.

El hombre sereno está lleno de vida otra vez, intenta reconocerlo todo, el pasto, las aves, la montaña, el ambiente, sin embargo, este abrir de sus párpados metálicos le ha revelado un sentir distinto; como si estuviera ciego, o sordo, o mudo, o algo; tiene una percepción distinta de todo, pareciera que algo dentro de él está roto.

Sus sentidos no logran aprehender la realidad, de hecho la memoria le empieza a fallar, y pronto olvida el nombre de muchas cosas sencillas, los olores, los colores, los dolores... Los pensamientos, las ideas, siguen escapando al hombre sereno; se resbalan, se escurren, se caen, se quebran. Ahora luce mucho más tranquilo, es porque olvido lo que es el miedo.

Este día transcurre con naturalidad para el resto del universo, aun allá en cada rincón, en cada esquina, en cada pliegue del mundo cada cosa tiene su lugar, su tiempo, su suerte. Para el hombre sereno éste es el destino más extraño: condenado a olvidarlo todo.

Ahora el hombre sereno olvida como estar de pie y tiene que sentarse; luego olvida cómo estar sentado y tiene que recostarse; olvida ver, entra en forzada inconsciencia, luego olvida respirar y muere.

La legión roja trabaja, sigue trabajando.

Amnesia de la nube

Antonio Reyes Cortés

Poetry makes nothing happen

W. H. Auden

Nada hay por decir si algo nos seduce
nuestro trazo queda impune
como toda huella hasta conocer el vacío mnemótico, la alegría
Primero hay una palabra que es luego un mar
y nada queda por decir

Sin pensarlo el destino es santificado
Nada duele en presencia del cuerpo
Construimos un desván, un desvelo
para que nunca suceda el rictus
la entrañable lejanía de la tierra
el partir del tiempo

Nada si no es el aire revienta
bajo el frío desván de brumas
que dejamos abiertas

Antonio Reyes Cortés (Fresnillo, Zacatecas, 1967). Ha publicado Nébula (1995) y tiene en preparación Condiciones atmosféricas. Poemas suyos aparecen en las antologías 23 muchachos en el mar de los Feacios (1998) y Creación joven (poesía 1979-1999).

1

Un rumor, esta bruma el canto más sutil
El sabor de la piel que es un país, la canción postergada
Es el sabor de tierras perdidas, la nube de lluvias terminales

Los enfermos por tener un cuerpo que se dice
el empuje de nuestros pudores que ha sanado
La bravura añeja me abandona

2

El agua de los bosques, de la lluvia esperanzada
el pino y la estructura de los cráneos
la falsa pregunta y la gran tristeza de la libertad

El agua de la tarde, del veneno y de fuegos primitivos
La faz de la tierra es el desencanto

Una incógnita deteniendo los días, la seducción
La tierra como el traje más efímero, la sed más verdadera

3

La música de los muertos
el anochecer de las evocaciones y el tren de aterrizaje
La energía de la verdad y el dolor de no alabar
todos los pasos previos
La música de quienes nos adormecían en la infancia
solamente eso y la eternidad el fuego: la certeza pura
el plantío y los vegetales

Inmortalidad

Patricia González

Seguro me atrajo el letrero que cuelga arriba de la puerta, impreso con caracteres góticos. Es un letrero café sobre madera natural muy apolillada: «Antigüedades y más». Cuando menos lo pienso ya estoy dentro. De pie frente el mostrador. Ante la mirada escrutadora del viejo dueño del lugar. Creí que me preguntaría ¿qué desea?, pero no, el viejo sólo hacía por mirarme, y yo, no supe porque entré allí.

Abrí la boca. No articulé palabra. Le hice una inclinación con la cabeza recién rapada, quince minutos atrás salí de la peluquería ubicada a unas calles de distancia. Entonces el viejo sin yo esperarlo me pregunta con voz despreocupada, «busca algo». Seguí mudo. Su voz se tornó imperiosa, me vuelve a preguntar y abre los brazos como queriendo mostrarme a la vez todos los objetos que habitan la tienda. No sé qué me atrajo, le digo. «Yo hago trueques, es mi negocio», agrega el viejo. «Deme algo que le sirva y yo le doy a cambio otra cosa». Vaya con la frescura del viejo, hoy es uno de esos días grises, uno de mi crisis existencial.

Ya tengo al viejo atrás de mí, revisándome por arriba de sus gafas miniatura, vuelve a mirarme con escrutinio. Si sabe qué necesito, démelo, le digo. Quiero gritarle impaciente que no me gusta perder el tiempo, que hoy es uno de esos días en que tampoco estoy para tolerar a nadie, pero me callo.

«Tengo lo que necesita», me responde el viejo, «¿usted que me da?». Le contesto que mi reloj, y, súbitamente, me lo quito. No es una reliquia ni una antigüedad, le digo, pero tiene un valor significativo para mí. Me acongojo al entregárselo. En este momento me doy cuenta que soy un sentimental. «No. Quédese. Para qué me sirve esto», me dice

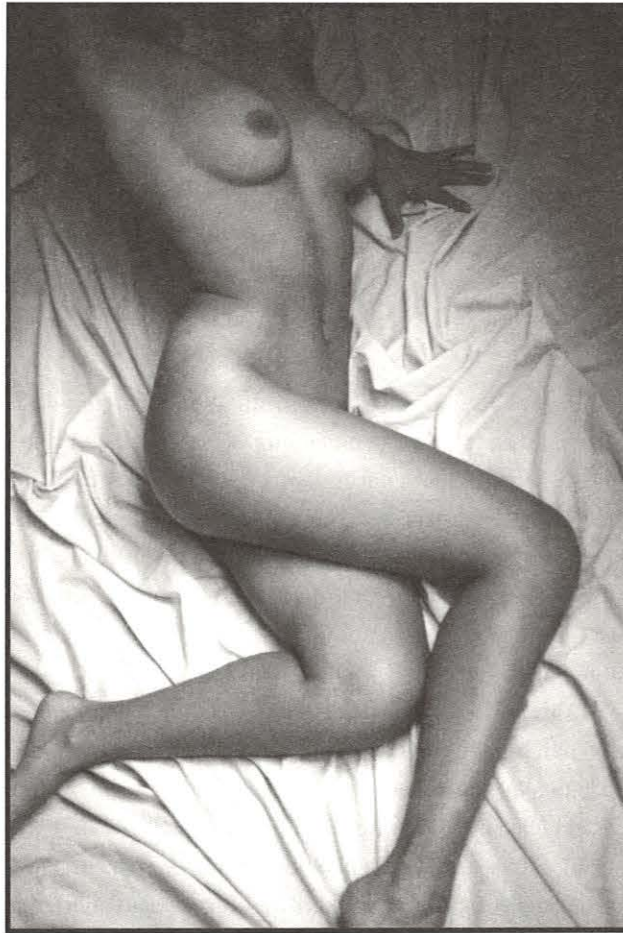
Patricia González. Es participante en el taller de cuento de la librería José Luis Martínez del Fondo de Cultura Económica, Guadalajara, Jal.

el viejo y me regresa el reloj sin despejar sus ojos de mí, sus dos ojos como canicas, juguetonas, saltarinas.

Qué quiere. Dígame que quiere, le digo, mientras me pongo el reloj y ahora yo, ufano, abro los brazos. «Que se quede aquí el día de hoy», me dice el viejo, habrase visto su frescura. «Ése es el trueque», termina. Tardo en responderle, bien, de todos modos hoy es uno de esos días tiempo perdido, trato hecho, le digo, y al estrecharnos las manos para sellar nuestro pacto, otra vez esa punzante sensación de no saber qué.

Él se va a la trastienda y yo me voy detrás del mostrador más añoso que empolvado. Con la vista recorro cada estante pegado a la pared, en este cuarto apretujado de libros, botellas decorativas, vitrineros, sinfín de adornos, más libros, más anaqueles en el centro, jarrones, espejos, marcos dorados oscurecidos por el tiempo. Deseos de mirar. Sí. Y también de tocar. Pero sígo recargado en el mostrador. Aquí no entra nadie, mas que yo, me digo.

«¿Cuál libro se vendió?», me pregunta el viejo de repente. No me di cuenta que salí de la trastienda. Nadie ha entrado, le contesto sin voltear a verlo. «Puede leer si quiere, puede curiosar», me dice y vuelve a retirarse. Crece en mi la certeza de que esta tienda no existe, de que sólo yo la he visto. Nadie de los que pasa por la banqueta se asoma siquiera por entre la persiana entreabierta que cubre el cristal. Sígo sin saber por qué entré. Me acerco a uno de los estantes de libros, hay demasiados. Tomo



..

uno. El que sea. El tomo de pasta azul descolorido. Antiguo. Viejo. No encuentro el título. No tiene título. Lo abro en la página 276 y está en blanco. Retrocedo en las páginas. Sólo están numeradas. Todo está en blanco. Las hojas apestan a guardadas. Encuentro un pequeño prólogo perdido en las páginas primeras.

Yo no sé si el hombre por sí solo alcance la inmortalidad. Hay enigmas que el hombre siempre trata de descifrar. Definirse en el mundo y averiguar su porvenir lo tiene preocupado. Encontrar la fuente inagotable de la vida lo mantiene intranquilo, en una búsqueda constante.

Descubrir la fuente de la felicidad eterna es su fin. Ser un cuerpo putrefacto más en una fosa de cementerio lo horroriza. La verdad se immortaliza en las palabras, en lo que queda escrito para siempre, para consuelo y alivio de todos los hombres que se quieran leer.

Me quedo unos minutos abstraído cavilando en la inmortalidad pienso en algo más allá de lo escrito reconozco a quien dará sentido a las palabras el tomo de pasta azul se me cae al piso comienza la catarsis me desprendo de mi reloj ignoro el tiempo sólo sé que transcurre sígo atento a lo que sucede a mi alrededor pero no puedo alcanzar el mostrador nadie ha entrado excepto yo veo claramente cuando el viejo sale de la trastienda se acerca me mira por encima de sus gafas miniatura con escrutinio se agacha me recoge me lee me cierra me acomoda en el estante ahora permanezco.

Tres estancias domésticas

Benjamín Valdivia

Mesa de noche

Ordenadas y tristes las cosas de color negro se agrupan en
[la mesa.
Son casi fotografías, casi mapas de un extraño país que no
se sabe su existencia.
Sólo es notoria su negrura, su faz lanzada al vuelo,
[su pócima de noche retenida.
Se abre la luz en su abanico intenso. Así las cosas toman
[cuerpo y color, parecen
renovadas sandías en un campo de sed; mangos al fin
[maduros a media temporada, rocas
enfriadas de volcanes furiosamente desatados.
Sorben de golpe el ánimo, igual que los heraldos de Vallejo.
Sus pátinas semejan
destempladas ironías. Aquél era yo. Esas personas a mi
[lado fueron felices algún día.
Las cosas, sombrías, encima de la mesa.
Hasta que implanta su bandera de conquista la primera luz.

Sala después del vendaval

Al puerto viene el ciclón a cosechar las barcas maduras.
Barcas con mástil palmera entre las olas terrestres van
[a la siega también.
Casas como hierbas vivas en la rozadera transparente
[doblegan su floración, su antena
de metal que jilotea, su promesa de grano en la alacena,
[debajo del turbión ya malograda.
Luces del propio San Telmo en la cruceta de los
[transformadores eléctricos lleva su

Benjamín Valdivia (Aguascalientes, Aqs., 1960). En 1987 obtuvo el premio Elías Nandino, y en 1991 el Courrier de l'Orénoque.

santo y seña. Cordajes en la popa del terreno dejan caer
[la ropa que nadie pudo guardar
poco antes que llegaran las múltiples bocas de la velocidad.
Cuando se deja de largo la feroz visita, una llovizna sigue
[como el perro cansado el
galope de su dueño, cometa de virtudes transparentes,
[notario del desastre cometido:
como invitado de último minuto una proa amarilla está
[de bruces en el pórtico de lo que
resta de la sala.

Mujer contemplando un gato en la ventana

Oscura brea de violín tus ojos.
Música ya vertida sobre lo que hayas mirado.
El plúmbago revestido de azules en la cerca pronuncia
[unos murmullos sobre el
amanecer. A tu vista el ejército puntual de la llovizna
[también deja la cifra de su
concierto lúdico.
Las frutas en la vasija de cerámica ardiente llevan el coro
[de su orgullosa dimensión.
Dentro de la penumbra ligera, húmedo todavía de las aguas
[del sueño, siente el gato la
sonora presencia de tu fijo mirar. El gato te mira sin
[pasión pero con luces.
Un dueto de violines recorre el espesor de la ventana.

La última virgen del barrio

Ramón Vázquez Jaramillo

Al día siguiente del cumpleaños número treinta y cinco de la Concha, ella perdió su virginidad. Eso, yo lo supe varios años después; mi madre me lo contó: ¡Pobrecita! la desgracia quiso mantenerla virgen casi hasta los cuarenta —contaba mi madre— y ya vez, después hasta puta se volvió.

La Concha fue toda una personalidad pues contaban los que la conocieron que como sus piernas no existían otras iguales. Y como no había ni políticos, ni futbolistas en el barrio, ella era la de más fama y renombre, algo así como una embajadora. Se decía que en sus buenos tiempos había trabajado en el Guadalajara de Día.

Por entonces, yo solo la conocía por todo lo que platicaban de ella, pues cuando yo nací, la Concha ya andaba en lo de la fichada.

Ella era re'bonita —contaba mi madre—; hombres fue lo que le sobraron. Hasta a tu padre le bailaban los ojitos nomás de verla caminar. Siempre muy seria ella. Yo sólo le conocí dos novios: el Cipriano y el Pinolillo. El Cipriano fue el primero. No, si duraron sus buenos años. Hasta aquel día en que se fugó el muy desgraciado con la hermana de la Concha. Nunca jamás los volvieron a ver. Que dizque se fueron de mojados. Se los trago la tierra a los infieles. Pobrecita, como le lloró.

De tanto que escuché hablar de ella, se volvió una obsesión el conocerle, y más que yo ya había cumplido los veinte años. Comencé a investigar su paradero, pues hacía muchos años, que ya no vivía por aquí.

El Pinolillo fue el segundo —platicaba mi madre—; con él sí se casó. También duraron sus años de novios. Ella le quitó lo borracho, y él le devolvió la felicidad. Ella era de las

Ramón Vázquez Jaramillo. Es participante en el taller de cuento de la librería José Luis Martínez del Fondo de Cultura Económica, Guadalajara, Jal.



JL

que se daban a respetar, nunca le soltó prenda. Siempre se guardó para su noche de bodas. Pero ésta nunca llegó a consumarse, pues en la fiesta de bodas se armó la balacera, y al desdichado le tocó una bala perdida, entre ceja y ceja. Así que del blanco, paso al negro. Y como se usaba en ese tiempo le guardó un año de luto.

Por una sobrina de ella, supe dónde estaba viviendo. Necesitaba verla. Una tarde fui a su casa. Me sorprendí tanto cuando abrió la puerta. Para entonces ella ya andaba en los cincuenta; creo que no quedaba mucho de lo que siempre escuché.

«Después del luto, vino lo de la quemazón en la fábrica donde trabajaba, la que estaba acá a la vuelta, donde hacían colchones. La pobre se quedó sin trabajo. Anduvo buscando de un lado a otro, pero nada. Fue cuando yo la mandé con mi comadre Lupe, que apenas comenzaba con la cantina y ocupaba meseras. Así comenzó, luego le entró a la fichada y después a todo. No, si eso ya lo traía en la sangre, nomás que se lo detenía. Ve a mi comadre, tantos

años andando en esos negocios y ella nunca se volvió puta.»

Primero me presenté. Le dije quien era y que necesitaba hablar con ella. Con asombro y desconfianza me invitó a pasar. Empezamos platicando de lo que yo hacía, de mis padres, de la gente del barrio, de cómo había cambiado todo. Fue más amable. Comenzó a platicarme de ella.

—Estoy acabada —me decía—; los años se quedaron estacionados en mi cuerpo, no pasaron como decían, se quedaron. El tiempo no perdona. Vaya que no. ¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Acabo de cumplir los veinte.

—Que joven eres: puedo ser casi tu abuela. ¿Y eres virgen? —me preguntó— disculpa que quiera saberlo, pero es que tengo un trauma.

—Ehhh, bueno... creo que ya no —contesté.

—Que bien. Mejor acabar pronto con ese defecto. Para que la gente no hable. Por que a mí, cómo me inventaron chismes. Logré que la gente me respetara ya de puta; antes, que carajos. Antes de serlo, pura envidia. Después me volví la madre, la amante, la amiga, hasta psicóloga y doctora a veces.

Recuerdo el día en que las perdió —contaba mi madre—; mira, que si bien grabado que lo tengo. Fue al día siguiente de su cumpleaños, por eso me acuerdo. Y porque, aparte, fue mi compadre el que le hizo el favor. No, si mi comadre Lupe está empuerrada, le puso una chinga a la pobre. A mí me lo contó mi comadre, por que a la Concha ya nunca la volvimos a ver por aquí.

—Me saludas a tu madre —me dijo la Concha al despedirse.

Yo asentí con la cabeza. Cuando me marché pensaba en lo cobarde que había sido, de tenerla frente a mí y no haberle dicho a qué iba. Tuve miedo de su respuesta. De un no. De echar todo a perder.

No soy bonita, pero tampoco fea. De piernas quizás delgadas pero no flacas. Con forma. Soy simpática y entrona. Pero, bueno, la próxima vez que la vea, se lo pediré; le diré que por favor me enseñe su oficio. Que quiero aprenderlo. Ya que en el barrio sigue sin haber políticos ni futbolistas.

El realismo mágico de Rulfo y su paralelismo con Caballero Bonald

Gaspar Sánchez Salas

La revolución social en México se cierra al terminar su periodo presidencial el general Lázaro Cárdenas en 1940. De esos años en adelante la cultura mexicana se orienta hacia nuevos rumbos, predominando la tendencia hacia la unificación nacional en la vida pública y hacia la expresión integral en la literatura. Los escritores que dominan el escenario de las letras durante esos años aprovechan tanto la estética de Los Contemporáneos como la de los escritores de la Revolución.

El resultado es una literatura genuinamente mexicana —ya prefigurada en la obra de López Velarde— en la cual confluyen el pronunciado nacionalismo de los escritores de la Revolución y la universalidad de Los Contemporáneos; tocó a estas generaciones hacer una síntesis de ambas tendencias. El equilibrio y la actitud ecuánime frente a los problemas nacionales es la norma de estos nuevos escritores. Debido a la influencia del filósofo Samuel Ramos (1897-1959), el pensamiento mexicano se ocupa, por primera vez, de analizar francamente el carácter nacional. Las teorías de Ramos, expuestas en su famoso libro *El perfil del hombre y la cultura en México* (1937), marcan un cambio en la actitud del mexicano hacia su propio ser y su propia cultura y tienen influencia sobre escritores de las generaciones inmediatas. El pensamiento de Ramos se refleja en las obras literarias de Paz, Usigli y Fuentes, y en los ensayos de Zea, Uranga y otros. Al mismo tiempo, tiene lugar una nueva preocupación por la estética que confluye en la densidad argumental, en la precisión estilística, en la imaginación poética y en una gran fuerza expresiva en ruptura con el realismo, apareciendo obras en las que predomina el aspecto mágico, el ensueño y la muerte en un marco de total desolación, nos adentramos, así, en una nueva tendencia que como nadie cultivó el escritor mexicano por antonomasia, don Juan Rulfo, nos referimos al llamado realismo mágico que conseguirá traspasar las fronteras de su país natal para desembocar en sus otros contemporáneos.

En los relatos de Rulfo, el conflicto central descansa en el poder de la propia vida, incluso más allá a través de la aplastante posibilidad de la inmortalidad. Sus personajes están fundidos a la geografía como se funden las ciudades en la niebla. Pocos de sus protagonistas tienen contornos nítidos, la riqueza de ellos proviene de la más primitiva naturaleza, son seres en la más pura intuición, aterrorizados y, sin embargo, vivos a

Gaspar Sánchez Salas (Campillo del Río, Jaén, España, 1970). Literato y lingüista, ha publicado diversos artículos y ensayos literarios en publicaciones españolas y ha sido estrecho colaborador de Camilo José Cela.

pesar de sí mismos, tienen formas borrosas, creyentes al extremo en supersticiones, viviendo en pleno ensueño. El color de la obra de Rulfo es el de la hora en que se une el atardecer a los primeros jirones de la noche, donde todo parece milagrosamente vivo. Sus protagonistas se mueven con naturalidad entre las sombras y la luz infernal. A mi parecer, en nuestro idioma español, sólo es posible encontrarle paralelo con el escritor andaluz José Manuel Caballero Bonald y con el propio García Márquez, aunque éste último merecería la atención de todo un artículo monográfico aparte sobre su extensa obra y su manera personal de tratar esta tendencia literaria.

La habilidad de Bonald y Rulfo para entrar en el «más allá» y moverse en el inframundo con absoluta libertad es análoga. Es raro otro autor con ese toque mágico, con esa vibración misteriosa, en que lo irreal alterna sobremanera todo lo que roza, y ésto sin recurrir a desorden alguno o a intencionado caos: su mérito está, además, precisamente en lograr esta conexión entre lo que es y lo que no es en manera absolutamente lógica y racional, o sea, el de ellos es el prodigio de crear una estructura ordenada del desorden, un mundo que sobrepasa las fronteras de lo racional, conjurado con un poder invisible, con un alma explicada por simples datos reales; lo que ya hemos apuntado como «realismo fantástico», si bien, debemos apuntar que en la obra de Caballero Bonald se alterna uno y otro realismo, el llamado «social» y el llamado «mágico».

Lo real y mágico en la literatura rompen con la convención de mantener al tanto al lector. Los protagonistas-narradores no cuentan la historia completa, sino que viven impulsados por el recuerdo incesante o por el estímulo de la circunstancia. Lo vemos en *Ágata ojo de gato* (1974) de Bonald, por ejemplo, novela de intención y desarrollo complejos que ofrece multitud de lecturas. Desde una representación mitológica de la condición infrahumana que enmarca a los condenados de la tierra en una zona recóndita de Andalucía, hasta el ritual de una venganza perpetrada por esa propia tierra contra sus fraudulentos dominadores; desde la fusión de la historia y la leyenda en una misma época de lo extraordinario, hasta la explosión lírica de la ten-

sión entre un espacio terrenal, la marisma, y un tiempo sin futuro, circular, cíclico, «como el de las olas o como el del viento que desplaza los médanos sin alterar el contorno del lamedal». La estructura narrativa subraya lo cíclico: las tres generaciones de personajes se hunden repitiéndose, reviviendo su destino en una tendencia irresistiblemente fijada hacia la descomposición. Nadie escapa al círculo, ni los que incorporan la historia al tiempo ahistórico de los Lambert, como Clemente, ni ese personaje amargamente distante que aparece en el prólogo, cuya identidad queda desvelada al final. El propio autor en una entrevista que me concedió hace algún tiempo hablaba de esta novela en estos términos: «la novela es una historia lineal de pasiones salvajes con un matiz legendario sustituyendo la realidad por la mitología, yo ahí creé un mundo, que es a lo que aspira todo autor. [...] Manuela es el eje central de *Ágata*, es el símbolo o la alegoría que devora a quien pretende usurparla, es el mito de la tierra madre. Manuela es un personaje que me fascina, me pasaron cosas raras con ella, después de inventarme algunas cosas sobre culturas populares del Coto de Doñana, me enteré con posterioridad que era verdad que ocurrían, incluso conocí un personaje que andaba medio desnuda por Sanlúcar que podría ser perfectamente mi personaje, Manuela».

Por otro lado, como en el caso de la obra de Rulfo, *Pedro Páramo* (1955), muchas acciones quedan ocultas en el pasado de la narración, por lo que, o bien se obvian o se insinúan fugazmente; sin embargo, lo que ignoran los personajes de Bonald y de Rulfo, lo que no recuerdan o no consideran importante relatar, ocupa su propio espacio en la historia; son estos vacíos o huecos, esos «hoyos negros» —si se nos permite expresarlo así— lo que los hizo novedosos, porque están inventados en forma tal que de inmediato se presintió que añadían un nuevo misterio a las letras. Por esta indeterminación que plantean los vacíos negros, tanto en la obra de Juan Rulfo como en la de Caballero Bonald, es la razón del desconcierto que produjeron uno y otro al editar sus obras antes de que formalmente se hablara de realismo fantástico, cuando la crítica se preguntaba: «¿Dónde ubicar estas obras?». Luego se supo:

en todas partes y en ninguna. Pero, al margen de este mecanismo, de lo más interesante, se debe sumar el fatalismo con que los protagonistas de Juan Rulfo y Caballero Bonald aceptan su destino, de allí viene que la muerte aletee siempre entre sus páginas, la muerte que ellos ven como desplazada en la memoria, como arrinconada, como lo ineludible, y a lo que no se debe dar vueltas.

En «Anacleto Morones», uno de los cuentos que forman *El llano en llamas*, leemos: «Por eso, al pasar Remigio Torrico por mi lado, desensarté la aguja y sin esperar otra cosa se la hundí a él cerquita del ombligo. Y allí la dejé... Hacía mucho que no me tocaba ver una mirada así de triste y me entró lástima. Por eso aproveché para sacarle la aguja de arriba del ombligo y metérsela más arriba...».

Los creadores del realismo fantástico tienen una visión del mundo que siente la muerte como realidad cotidiana. El hacha de la muerte está por todas partes. Juegan con la muerte a las escondidas, la ignoran y se rien de ella, pero la temen. Rulfo dice que en *Pedro Páramo* todos los personajes están muertos: «La historia comienza narrándola un muerto que le cuenta a otro muerto, es un diálogo entre muertos en un pueblo muerto», y en *Dos días de septiembre*, Caballero Bonald afirma que Joaquín, obrero que lucha por la supervivencia de su familia y la suya propia, buscó su propia muerte, tal como vemos en las palabras del autor: «Joaquín buscó su propia muerte en mi libro al ser aplastado por una pipa de vino, yo no pude hacer nada por evitarlo, los personajes se rebelan al autor y deciden por sí mismos su destino». Lo mismo se puede apreciar en su otra obra, *Toda la noche oyeron pasar pájaros* (1981), en la cual el viejo Lestra muere en extrañas circunstancias perseguido por gente indigna, así vemos siempre presente el tema de la muerte.

Este aspecto de sus literaturas es cierto que, al margen del folclore, denuncia esa forma del ser marginado del siglo XX, que vive con extremada cortesía y como mirando su propia muerte. Vive así en forma pura y directa, campeando el mito en su mundo. Pero, digámoslo, no se trata aquí del pensamiento abstracto que atribuye fuerzas sobrenaturales a

los fenómenos físicos y que inventa prodigios. No. Los personajes de la literatura del realismo mágico viven naturalmente los prodigios, sin intentar explicárselos a ellos mismos ni explicárnoslo a nosotros, los lectores. Simplemente son seres que viven en estado de magia. Quizás sea ésta una de las razones de que ninguno de los personajes que frecuentan las páginas de Rulfo y Caballero Bonald nos sean antipáticos; hay en ellos una ingenua humanidad, tan auténtica, que duele ver cómo se destruyen a sí mismos, ignorantes de cualquier esperanza, porque parece que ninguna posible salvación está aún al alcance de ellos. Hay una imagen, al respecto, en uno de los cuentos de *El llano en llamas*, en «¿No oyes ladrar los perros?», en la que Rulfo relata cómo un señor anciano lleva a su hijo a cuestras para salvarle la vida; lo lleva atado a un cinto que afirma desde su frente, sobre sus hombros, con gran esfuerzo, mientras en el trayecto lo recrimina:

«Me derrenegaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, cuando se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que tiene usted de mí, la parte que a mí me tocaba la ha maldecido. He dicho: '¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le dí!' Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente...»

La visión de Rulfo es la de quien piensa que el presente anula cualquier esperanza posible que se soñó en el pasado. Para Rulfo es trágico el presente, es un gran desencantado, al igual que Caballero Bonald, a su manera, por supuesto, sin embargo, en ningún momento cortan la posibilidad de lo mágico en la vida, como ese rayo de luz que penetra en lo más profundo de la oscuridad, haciéndose único, vivísimo. El trabajo de ambos escritores, asimismo, evidencia una de las teorías que en el ámbito de la cultura tiene mayor solidez: la que sostiene que sólo lo auténticamente nacional puede ser universal; y sólo lo que alcanza valor universal puede expresar lo nacional. La obra de Rulfo transcurre en el Méxi-

co más profundo, que es el México rural. La obra de Bonald, a su vez, transcurre en los campos del sur de Andalucía, en Sanlúcar de Barrameda y Jerez de la Frontera, en Cádiz, tierras que vieron nacer al escritor, escenario maltratado y golpeado por la dureza de los campos sembrados de vides y por el hambre, por la lucha de clases, pero al mismo tiempo uno de los lugares más «mágicos» de la soleada España.

Ambos escritores usan elementos atmosféricos sumamente propios para marcar la disociación de la vida: Rulfo el calor y Bonald, además, el viento del Levante y la tormenta. Es posible que los jóvenes aprendan hoy más de estos libros que en muchos de los textos de historia. En pocos casos puede verse con exactitud que la creación artística no es sólo la expresión de una necesidad humana, sino también el rescate mismo de la vida enfrentada a la naturaleza más primitiva. Un rescate que los creadores del realismo fantástico lograron con prosa sencilla, clara, directa; una prosa que no se anda por las ramas sino que va de frente a la raíz; incluso utilizando palabras, formas y giros incorrectos que usa el pueblo, pero legítimamente al servicio de la expresión.

A los creadores del realismo fantástico se les ha criticado desde diversos ángulos. Tanto a Rulfo como a Bonald se les ha intentado definir, describir y encasillar, pero quien los toca tiene la sensación de iniciar un camino cuya dirección no lleva a ninguna parte: tan amplio es. Como escritores, no son místicos, porque sus personajes no encuentran más destino o redención que penar eternamente en el infierno de sus páginas. En este sentido son magos de la Tierra, tristísimos, pero de la Tierra. La diversidad de interpretaciones que se han hecho de sus obras, van desde complicadas estructuras lingüísticas hasta análisis sociológicos, pasando por relaciones mitológicas y del alma y juegos con el tiempo.

En *Pedro Páramo* dice Rulfo: «El padre Rentería se acordará muchos años después de la noche en que la dureza de su cama lo tuvo despierto y después lo obligó a salir», logrando una de las frases insuperables de misterio por un manejo del tiempo inusual. Digamos que este juego con el tiempo no es

meramente casual, sino que obedece a la acumulación desordenada de la memoria, al sentido de la supervivencia, a la lucha sin fin; con este plan intencionadamente desordenado; entonces, Rulfo logra crear, en primer lugar, una naturaleza viva, que implica en sí un conflicto existencial. ¿De dónde proviene esta técnica novedosa del tiempo detenido y que Caballero Bonald aplicará a su obra sin igual? Rulfo dice: «Eso fue un experimento. Tal vez con influencia de autores nórdicos, los he leído mucho». Sabemos que el sentido del tiempo es una inhibición para impedir que todo suceda de una vez, pero en Comala esto deja de tener sentido, y las acciones se suceden alternativa y simultáneamente. Todo se repite, todo se inicia nuevamente, de manera circular, porque, de alguna manera, es siempre hoy; leemos lo que está ocurriendo en el momento porque los personajes están condenados a la vida eterna. En el caso de *Dos días de septiembre* de Caballero Bonald, vemos que el título ya es indicativo, la acción transcurre lentamente en tan sólo dos días del mes mencionado, en este breve periodo se narra la vida de todos los habitantes de un pueblo andaluz de abolengo vinatero.

Rulfo y Bonald escriben por intuición, por inspiración, pero atendiendo minuciosamente a una técnica cuidada, son creadores natos, cultivadores de un género literario que recrean con personalidad y con un cierto paralelismo a pesar de las fronteras. Nadie más escribe así, quizás por eso Rulfo, como Caballero Bonald, no tienen discípulos: simplemente crearon una escuela que los estudia y que hoy influye en la literatura universal, aunque pocos han logrado apenas el brillo que refleja su hermosísima prosa, la belleza de sus palabras sólo es posible compararla a la inmensa humildad de sus personas. Son pocas las páginas de sus libros, pero en ellos la palabra «poco» no se debe entender en su sentido cotidiano; «poco» aplicado a Rulfo y Bonald, adquiere un significado distinto, refleja la idea de excelstitud, de lo escaso por singular; digamos que ellos lograron conocer el tamaño de la perfección.

Desde su aparición, en 1955, hasta ahora, *Pedro Páramo* se ha convertido en guía evidente de una tradición, de aquella muy expresamente consi-

derada la América profunda, ya desaparecida o en vías de hacerlo, la vida rural desintegrada por la escasez de medios, el olvido del centro y el fanatismo. Rulfo conocía estos elementos porque él formaba parte de ese medio, sabía cómo eran quienes lo habitaban, pero nada más.

El paisaje en que hace deambular a sus personajes es pieza clave en este mundo fantástico, y su veracidad no se puede discutir: son las tierras que rodean los pueblos de cualquier comarca de Latinoamérica; como anécdota en Rulfo, su geografía es, además desnuda, árida, sin agua, envuelta en un calor que abraza todo.

«Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo». Así inicia su novela, citando a Comala, un pueblo cuyo origen está en el comal, ese recipiente de barro que se pone sobre las brasas y donde se calientan las tortillas, un brasero, símbolo infernal por el que deambulará Juan Preciado, el héroe en búsqueda de sus orígenes. Entonces, la creación inicia allí, en Comala, «sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno». Sabemos que su madre, que está muerta, es quien mandó a Juan Preciado a buscar a Pedro Páramo: «No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro... el olvido en que nos tuvo... cóbraselo caro», le dice, y a eso llega a Comala, a ese lugar donde parece que no habita nadie. La novela inicia, entonces, en dos mundos diferenciados: el Comala que recuerda la madre, el que ya no existe, y éste, un pueblo fantasmagórico, el que descubre Juan Preciado. Estos dos pueblos crean el lugar de espanto en que transcurre la narración, que es un reflejo terrenal de la transformación de las cosas, una imagen de la realidad impalpable de nuestro mundo. Es, según la visión de Rulfo, el purgatorio en vida; porque *Pedro Páramo* narra la peregrinación de un alma en pena, que busca realizar una ilusión, la de entroncar con sus orígenes. Como la madre le «dio sus ojos para ver» así como «la voz de sus recuerdos», tiene el

héroe vista, oído y memoria prestados; de ese modo, él mismo es dual, su madre —lo que fue— y él —lo que es—, tal como aquellos seres poseídos por una fuerza invisible. Entramos a Comala, pues, de la mano de una circunstancia ambigua, ya física, ya metafísica. Tal será, desde ahora, el clima: inconsútil y, paradójicamente, concreto. La aparición de Abundio Martínez, un arriero tan pobre que ni carreta tiene para atravesarnos el río de polvo, es, en honda medida, quien anuncia el círculo terrible que envuelve a Comala. Por su parte, en *Dos días de septiembre*, los personajes pobres también aparecen fielmente reflejados. Lucas y Joaquín buscan desesperadamente medios de subsistencia, empezando por robar uva, hasta que consiguen trabajo en la finca de Valdecañizo donde Joaquín muere aplastado por una pipa de vino. En plano diferente tenemos las actividades de los hijos de los dueños y capataces de las fincas que, ayudados por el hastiado y resentido Miguel Gamero, se preparan a extraer de las bodegas una partida de pipas de vino. La narración se embellece mediante la observación y descripción de la naturaleza y de los fenómenos atmosféricos, lo que constituye uno de los mayores logros de la novela. Se trata de breves observaciones que en una determinada línea ofrecen un aspecto del campo o la impresión que crea en el ánimo del que lo contempla. Las observaciones se refieren con frecuencia a la viña.

Vemos cómo Juan Rulfo y Caballero Bonald son dos grandes entre los grandes representantes de las letras hispánicas y universales, los dos cultivan ese realismo mágico con su personalidad propia y en esos años de combate en que hacían de cada escritor una esperanza sin importar el espacio geográfico, sólo tenían algo en común: un idioma que les servía de útil para plasmar lo que les emergía de entre las células neuronales: el pensamiento de un individuo con el fin de proyectarlo hacia la posteridad a través de un texto narrado.

**GALERÍAZUL
DE FELIPE COVARRUBIAS**

ARTE CONTEMPORÁNEO
EN UNA CASA DEL SIGLO PASADO
EN EL CENTRO DE LA CIUDAD

ARTISTAS REPRESENTADOS:

ARTHUR AESCHBACHER

MITO COVARRUBIAS

PEPE FRANCO

NACHO GÓMEZARRIOLA

MATADOR MORFÍN

JOEL RENDÓN

WALDO SAAVEDRA



INDEPENDENCIA 947 (ESQ. CRUZ VERDE)
TEL 3826.2684 / FAX 3826.9190
GUADALAJARA 44200 MÉXICO

*Galerías
Arther*

*Oleos
Antigüedades
Artes Decorativas
Mueble Mexicano y Europeo*

*Av. Vallarta 1214
44140, Guadalajara, México
3825 4217 y 3825 3100 fax 3826 0036*

GALERIA ALEJANDRO GALLO

JUSTO SIERRA 2150
44600, GUADALAJARA, MÉXICO
TEL. 0052 3615 1363 Y 3616 3547
FAX 0052 3615 1363
E-MAIL: agallo@foreigner.class.udg.mx

expresSiones

GALERÍA DE ARTE Y COMUNICACIÓN

▼
CURSO-TALLER
PERCUSIÓN Y DANZA INDÍGENA

▼
DIPLOMADO EN
PERIODISMO

▼
TALLER DE
DESARROLLO ESCÉNICO
TEATRO - DANZA - CANTO

▼
REPUJADO Y PINTURA

▼
VENTA DE
ARTESANÍA EXCLUSIVA

ARGENTINA 367
COLONIA AMERICANA
GUADALAJARA, JALISCO
TEL. 3826 2105

Bebo mi limpia sed

de Raúl Bañuelos

En esta selección personal, la palabra del poeta Raúl Bañuelos se desliza desde la comunión posible de los elementos contrarios del mundo, en el poemario *Junturas*, hasta la amarga cotidianidad urbana y familiar de *Puertas de la mañana*. En medio de esta oscilación la hondura es precisamente pendular, la colección de poemas inéditos en que Bañuelos reflexiona sobre la palabra, el poema y la poesía, a la que define como «una rosa lamida por el tigre de la tarde».

El péndulo viaja también a la infancia en *Poema para un niño*

de edad innumerable, al barrio de Santa Tere en *Cantar de forastero* y nos deja en el juego sabinesco del poema «Los solos». De ese modo oscilatorio, el autor nos propone un camino de lectura hecho a partir de las afinidades profundas entre sus diversos poemarios y no de criterios cronológicos.

Bebo mi limpia sed reúne veinte años de trabajo poético de quien se ha destacado más por su generosidad en el callado transcurrir de los talleres literarios, o «antitalleres» como prefiere llamarlos, que por promoverse como escritor.

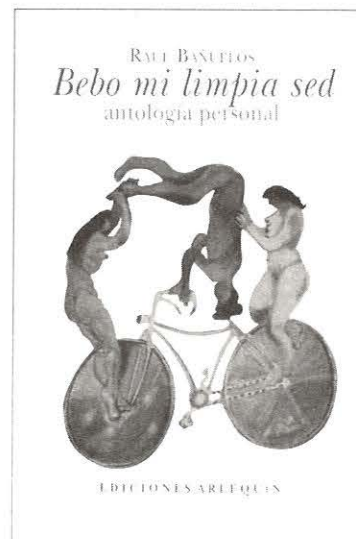
Raúl Bañuelos (Guadalajara, 1954), *Bebo mi limpia sed*, Ediciones Arlequín, Guadalajara, Jal., 2001.

Paraíplós

de Ricardo Sigala

Con una inteligente sagacidad, el autor nos transporta a los tiempos míticos de la creación. En ese mundo acabado de crear, hombres y animales conversan y dan fe de

la existencia de ciudades y monstruos, lugares y seres inimaginables que asombran y maravillan, y son referencias de la cercanía del paraíso. Unos buscan, otros





testimonian, todos hablan del Sitio en que Adán y Eva fueron puestos por el Creador. Su nostalgia, el deseo de encontrarlo, mueve voluntades, gasta las vidas, consume el pensamiento.

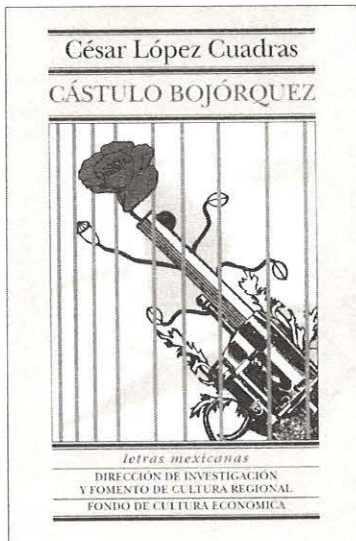
Ricardo Sigala recurre a todo tipo de documentación real y ficticia para acercarnos al conocimiento de un tema que los antiguos debatieron e imaginaron con belleza y fantasía. Los modernos,

desencantados por el laicismo de la vida, no discuten más su existencia improbable; han perdido la posibilidad mágica de la poesía. El autor nos propone, no sin el encanto debido, un retorno a aquellos debates sobre el paraíso.

Paraiplos es, por principio, un libro inusitado en el contexto de las letras jaliscienses actuales: la calidad de su factura literaria y el tema lo confirman.

Ricardo Sigala (Guadalajara, 1969), *Paraiplos*, Ediciones Arlequín, Guadalajara, Jal., 2001.

Cástulo Bojórquez de César López Cuadras *Francisco Alcaraz*



En los rincones de la sierra sina-loense, donde el agua es clara y la tierra se rehúsa a otorgar favores a los hombres, cerca de Guasachi (que, según dice Juan José Rodríguez, el narrador mazatleco, es una mezcla de Guasave y Guamúchil) y Culiacán, el real de San Perán verá sus épocas de esplendor y ocaso. Al comienzo de los años treinta, Beto Kronchi, apodado así por los naturales del lugar ante su impronunciable nombre ario, llegará al pueblo con intenciones de establecerse, explotar los abandonados socavones de las minas y encontrar mujer. Así conocerá a la Luisa, serrana de cepa que, al igual que sus paisa-

nos, verá en la figura espigada y rubia del alemán más a un extraño espécimen surgido de la conclusión de la primera guerra mundial que a un partido inmejorable para fundar su pequeño reino.

De esta forma, la pareja, extrañísima para aquel entonces y en aquel lugar, consumará su concubinato con un hijo que tendrá por destino continuar el inmenso almanaque de leyendas que durante décadas se ha escrito en los muros del pueblo rebautizado por las nuevas generaciones como Casas Grandes. Cástulo Bojórquez, de estatura descomunal y pelos de elote tierno, será el centro de esa unión, hecha más que

por amor por necesidad. Vivirá siempre bajo dos crianzas opuestas: la de su padre, que ha toda costa desea convertirlo en un jinete y tirador a la usanza de la escolástica europea, y la de la Luisa, apegada a las costumbres de la sierra, y que además ya se ha encargado de criar a otros seis muchachos fruto de fallidas arrejuntadas anteriores. La vida de Cástulo dará giros paradójicos, aunque siempre previsibles para un hombre de su condición. En la adolescencia acompañará en infructuosas expediciones al mineral a Beto Kronchi, quien se verá contagiado por la fiebre del oro, maldición que, según los habitantes, ha acarreado tantas desgracias a esa tierra. Crecerá, será enamorado y responsable de paternidades a lo largo de la región; bandido, narco y judicial.

La novela maneja a contrapelo dos historias que van dando razón de ser a sucesos del pasado y del futuro. La concepción del tiempo es cíclica, nunca lineal. Los muertos siempre regresan convertidos en legendarios fantasmas que penan por las noches a la vereda de los caminos en busca de alguien que pueda darles paz eterna. Es posible, según los lugareños, ver a la media noche (las almas nunca aparecen antes, dicen) la imagen de Eulogia Paredes de Iturbe y Nafarrete, congestionada en un gemido por su amante Teófilo Carrasco, administrador del real de San Perán en los tiempos de bonanza. De igual manera, Teófilo ronda sin descanso, dejando un rastro de luces por la tierra

que, dicen los viejos, son las monedas de oro que éste llevaba en las alforjas la noche en la que planeaba fugarse con Eulogia, y su patrón, don Plácido Iturbe y Nafarrete, le dio muerte. Las versiones son innumerables. Jugando a la baraja en la tienda de Juanón, los jóvenes y viejos de Casas Grandes, ya en los años sesenta, aunque parece que se sigue en la época de la Revolución y la Reforma, se dedican a matar el tiempo añadiendo y recortando episodios a leyendas llenas de ignominia.

Las diferentes historias, con sus respectivos tiempos, se van tramando en un orden sin alteraciones por parte del autor. La voz que narra siempre es clara, aunque a veces se esconde en la primera persona y nos obliga a terminar el capítulo para terminar de hacer conjeturas sobre si es una versión creíble de las cosas o es sólo un mitote más de los nada hacendosos habitantes del pueblo.

Julio Cortázar escribió que de los malos sentimientos nace la buena literatura. César López Cuadras reúne en esta novela un conjunto inmenso de elementos que no nos dejan más que aceptar sin remilgos esta tesis. La codicia, la ambición sin límites del gambusino y de quienes viven de él, la traición, el adulterio, la lujuria, en fin, todos los vicios posibles, toda la pasión que un ser humano puede contener se encuentran en todos los personajes, al grado de que el lector habrá de sentirlos y comprenderlos, pero nunca condenarlos. Es curioso observar como casi todas las pa-

rejas de esta historia fueron, en un principio, unidas por un amor sincero pero, al cabo del tiempo, que nunca es mucho, pasiones desconocidas las orillan a la traición. Son pocos los que pueden salvarse. Tal vez sólo la Luisa y la Matilde, madre y esposa, respectivamente, del minero, asesino, salteador de caminos, gomero, preso y judicial, Cástulo Bojórquez. Sólo ellas dos mantendrán intacto un corazón que hace contrapeso a la maldición que sepulta a Casas Grandes, dándole sentido a ese universo tan breve en espacio pero tan abismal en espíritu.

Los personajes de esta novela son muy fuertes y bien dibujados. Recuerdan a grandes personajes de la literatura de todos los tiempos: las asociaciones son inminentes. A medida que la lectura avanza, los rostros del pueblo nos van recordando un cúmulo de lecturas. De esta manera, Cástulo Bojórquez puede parecer de pronto un coronel Aureliano Buendía, siempre prófugo y en las aventuras más insospechadas; Beto Kronchi, el patriarca, una especie de José Arcadio padre amarrado al árbol del oro, sumido en lo que parece locura hasta la muerte. Y no cabe duda que López Cuadras da seguimiento a la tradición de la novelística hispanoamericana: sus personajes más fuertes, a pesar de ser una novela sobre hazañas de hombres, son los femeninos, mujeres increíbles de veras, aquellas que vivieron la revolución latinoamericana con un carácter fuera de lo común en la ad-

versidad y, tras de bambalinas, sostuvieron un mundo en contra de ellas mismas. La Luisa, la Matilde, Eulogia, Inés, la China, la Tamalona, nos seducen irremediablemente. En lo particular prefiero a Eulogia, primera esposa del potentado Plácido de Iturbe, que está condenado a cumplirle todos sus caprichos y a rendirle un amor que raya en la ceguera. Eulogia es un caso como muchas Madame Bovary. Dueña verdadera, al fin y al cabo, de todo el oro de su marido, sólo desea la pomposa y aristocrática vida de la ciudad de México, los cafés y los bailes; es conservadora y temerosa de Dios según su educación, pero ardorosa, soñadora y pecadora sin par en sus adentros. Teófilo Carrasco será el detonante de ese espíritu entre paréntesis. Le habla de Europa y novelas francesas, de amistades que dejó en sus viajes de juventud y estudio, antes de caer en desgracia a este pueblo dejado de la mano de Dios. A pesar de que Teófilo es un liberal, algo ateo, casado y mano derecha y amigo de

su marido, Eulogia ve en él la posible consumación de sus anhelos; se enamora, rindiendo su altanería y nombre. Teófilo es lo que ella desea que su marido sea: de maneras educadas, culto, viajado (aunque no sospecha que pobremente) y con una forma de hablarle y tocarla que jamás ningún hombre atinó a hacerlo. Este amor es lo que condenará a los dos y los hará perder no sólo los sueños, sino la vida misma.

Hay una historia interesante al margen de estas dos: se desarrolla en la Alemania nazi en la segunda década del siglo pasado. Es una especie de crónica de suspense que de pronto adquiere rasgos de aventura policiaca. Esta historia —que nadie en Casas Grandes conoce— dignifica la imagen del infortunado Beto Kronchi, quien resguardaba con recelo una escuadra Luger que él aseguraba haber arrebatado a un oficial al huir de los horrores de la guerra.

Muchas veces la literatura inventa la realidad que vivimos.

Si hoy no fuera por los satélites, la Internet y los aviones, seguramente veríamos el mundo como nuestros abuelos y París, Londres o Moscú tendrían la arquitectura brumosa de Balzac, Flaubert, Stevenson Dostoievski o Tolstoi. César López Cuadras nos regala con esta novela la invención literaria de nuestros antepasados, siempre tan relegados de esta justicia histórica, redescubre sus leyendas y las lleva a la modernidad. Si en La Mancha existe «La ruta del Quijote», engañando a miles de turistas al año que juran haber pisado el lugar donde el imaginario caballero libró sus aventuras, de seguro en un futuro próximo nosotros podremos tener la sensación, a nuestro modo, al visitar las zonas mineras de Sinaloa, ya sea en Guasachi o San Perán, de admirar la habitación donde se llevaban a cabo las visitas nocturnas de Teófilo Carrasco, o bien, beber en la misma cantina donde dieron muerte a Cástulo Bojórquez.

César López Cuadras (Badiraguato, Sin., 1951), *Cástulo Bojórquez*, Fondo de Cultura Económica / DIFOCUR, Sinaloa, México, 2001.

 Ballet Folclórico
de la Universidad de Guadalajara



TEATRO DEGOLLADO
funciones todos los domingos



Lucía Maya
La reina
Mixta/papel 195 x 110 cm.

colección permanente



MUSEO DE LAS ARTES
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA